

DROIDS & DRUIDS

NÚMERO 2

ARTÍCULOS
LOS MONSTRUOS
DE TU ARMARIO

DEZTRIPANDO
AL ZOMBIE

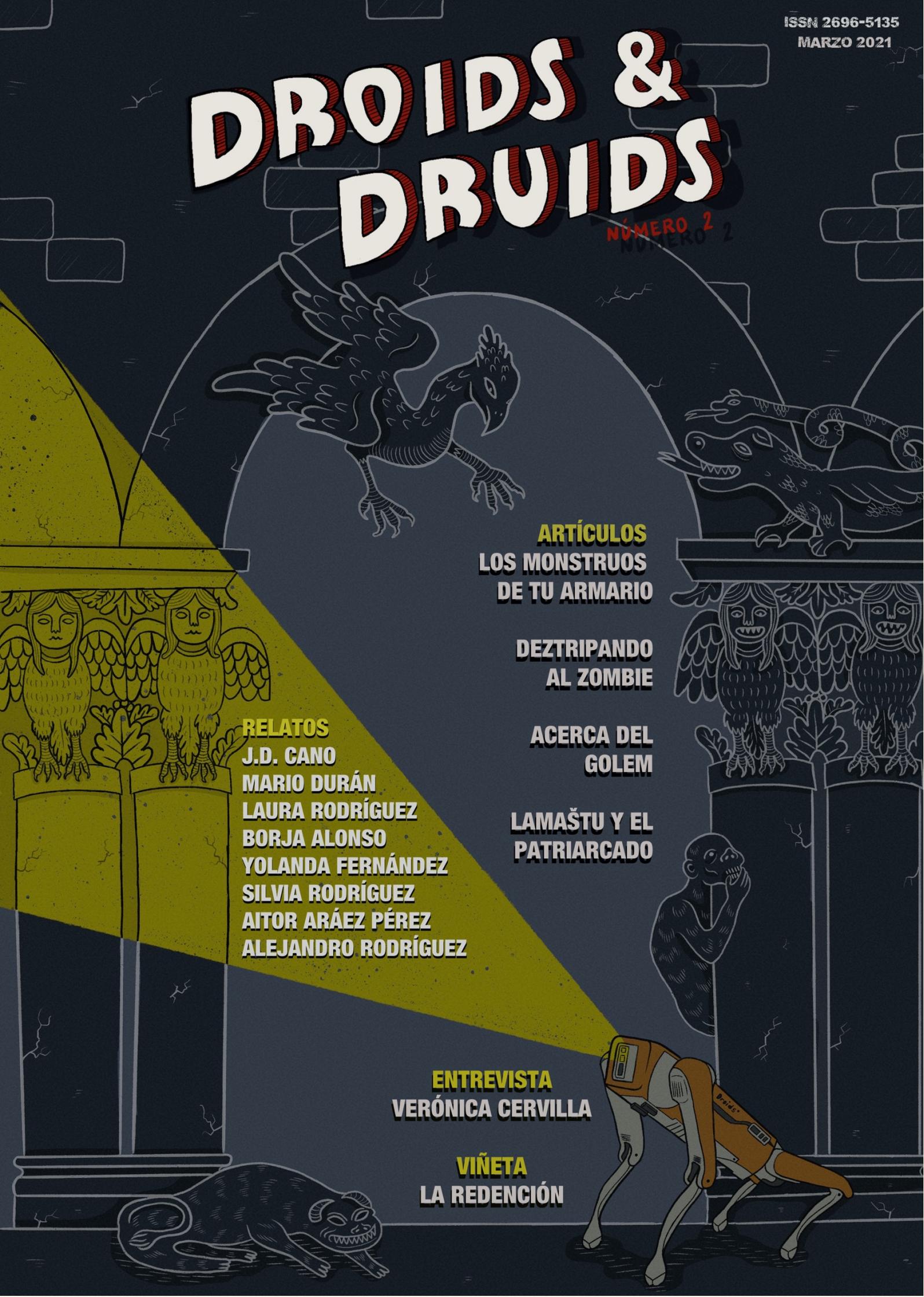
ACERCA DEL
GOLEM

LAMAŠTU Y EL
PATRIARCADO

RELATOS
J.D. CANO
MARIO DURÁN
LAURA RODRÍGUEZ
BORJA ALONSO
YOLANDA FERNÁNDEZ
SILVIA RODRÍGUEZ
AITOR ARÁEZ PÉREZ
ALEJANDRO RODRÍGUEZ

ENTREVISTA
VERÓNICA CERVILLA

VIÑETA
LA REDENCIÓN





Revista Droids & Druids

© Droids & Druids 2020

Editoras: Inés Galiano y María Dolores Martínez

ISSN 2696-5135

Edición Núm. 2 - Marzo 2021

Portada ilustrada por Coté



CARTA DE LAS EDITORAS

Cuando planeábamos la convocatoria para el siguiente número de D&D, nos pilló en pleno ambiente halloweeneño. De ahí solo podía salir una cosa: CRIATURAS.

Estábamos deseando ver qué ocurrencias llegarían a nuestra bandeja de entrada, y el asunto superó nuestras expectativas.

En este número os traemos relatos que os harán reír, entrar en paranoia o acabarán encogiendo vuestro corazoncito droide o druida. Además, aparte de entretenidos e interesantes artículos y nuestros acertijos, por primera vez incluimos también una entrevista, viñeta y ¡hasta fan art!

Esperamos que os echeis un buen rato (re)descubriendo las criaturas que hemos capturado para vosotros.

Mariado e Inés

Nuestra portada.

Por Coté (@mjcote)

«Para la portada del número dedicado a criaturas pensé: criaturas fantásticas hay un montón, pero criaturas robóticas quizá un poco menos. Y entonces me acordé de aquellos perritos robots que salieron hace un tiempo, los que daban piruetas y se caían. Un perrito robot en una iglesia románica enfocando a las columnas donde todo parece de piedra, pero, cuando les da la luz, las criaturas cobran vida.

Tiré por la época románica porque, habiendo estudiado historia, soy muy fan de este periodo que tiene mucha relación con el tema del fin del mundo*, y que ahora también cuadraba con el tema pandemia.

Pues metemos al perro que sale siempre cayéndose en una situación un poco cómica, siendo acechado por los monstruos de la oscuridad románica.»

*En el Románico la población europea estaba aterrorizada por el miedo al fin del mundo, muchos interpretaban las oleadas de invasiones, las epidemias y otros fenómenos como un anuncio del juicio final.



Contenido

EQUIPO	4
EL PODCAST	5
MICRORRELATOS	6
ARTÍCULOS	7
<i>Los monstruos de tu armario.</i>	8
Artículo por Inés Galiano.	8
<i>DeZtripando al Zombie.</i>	11
Artículo por Amanda Iniesta.	11
<i>Lamaštu y el patriarcado en Mesopotamia.</i>	13
Artículo por Vanessa Cornago.	13
<i>Acerca del Golem.</i>	18
Artículo por Antonio Galiano.	18
<i>Brujería pagana y cultura romaní.</i>	21
Entrevista a Verónica Cervilla. Texto por Mariado Martínez.	21
FAN ART	24
RELATOS	25
<i>Os presento a mi nuevo Churri.</i>	26
Relato por Borja Alonso.	26
<i>Aniquilación.</i>	30
Relato por Yolanda Fernández Benito.	30
<i>Pensamientos de un hada que existe.</i>	33
Relato por Alejandro Rodríguez Tárraga.	33
<i>Tomás.</i>	37
Relato por J. D. Cano	37
<i>El Desierto.</i>	42
Relato por Silvia Rodríguez	42
<i>Hambre.</i>	45
Relato por Mario Durán	45
<i>La Druída.</i>	50
Relato por Laura R. Rodríguez	50
<i>Sobre una mala noche.</i>	55
Relato por Aitor Aráez Pérez	55
VIÑETAS Y ACERTIJOS	58
<i>Viñeta: La redención</i>	59
Por José Fco. Zaragoza y Germán Tortosa	59
<i>Acertijos de Marzo</i>	62
Por Elena Torró	62



EQUIPO

Inés Galiano

Editora y redactora.

Entusiasta, creativa y básicamente workaholic. Necesita un giratiempo para todos los proyectos. Fundar una revista era lo único que le faltaba. También locutora del podcast D&D.

Toni Abellán

Vice editor ejecutivo y redactor.

Su mayor logro vital fue ganar una apuesta a los 13 años recitando el guión de La comunidad del anillo (el otro apostante casualmente también participa en esta revista, y se cansó antes de que los Hobbits llegaran a Bree).

Vanessa Cornago

Redactora.

Adoradora de hipérboles y de la épica más exacerbada. Enemiga eterna de Atenea, es del Troya Team hasta la muerte y se le caen las bragas cuando Héctor rompe la puerta de la muralla aquea en la Iliada. Ha leído otras cosas, pero normalmente no las recuerda.

Cree que lo único bueno que escribió Tolkien fue Silmarillion. Empieza cuentos que nunca acaba.

Silvia Rodríguez

Revisora y redactora.

Se inició en la fantasía en Fantasía, y todavía recuerda el berrinche al terminarse la Historia Interminable.

María D. Martínez (Mariado)

Editora y redactora.

Olisqueadora de libros nuevos. Coleccionar revistas en papel le acabará arruinando. Le encantaría tener aparcado el Delorean delante de casa. Lástima que no sepa conducir.

Amanda Iniesta

Revisora y redactora.

Forma parte de nuestro trío del podcast. Se metió en esto por su pasión por las historias que exploran nuevos mundos.

Genís Robles

Revisor y redactor.

Le gustó el final de Lost y exige ser pagado en gemas para MTG Arena.

Elena Torró

Creadora de acertijos.

El tercio del podcast de Droids and Druids que suele hablar de conexiones aleatorias. Ha tenido que montar un podcast para poder justificar la cantidad de contenido que consume.

Coté

Ilustradora de la portada.

Confundiendo los límites entre la fantasía y la realidad desde 1993.



EL PODCAST

¿Aún no has escuchado nuestro podcast? Hablamos de literatura, series, películas y cómics en las tres secciones Análisis Parálisis/del Héroe (Inés Galiano), Random Connections (Elena Torró) y Mundo Cómic (Amanda Iniesta).

Además, el equipo de la revista también se ha colado con una nueva sección:

#DDMAG

Abrimos las puertas de la **Sala de Redacción** con esta sección independiente donde podrás encontrarnos haciendo entrevistas, leyendo relatos, resolviendo acertijos o simplemente pasando el rato.

Últimos episodios:

#DDMAG 1

En este primer episodio de la sección presentado por Inés y Mariado tenéis la entrevista completa a Verónica Cervilla, autora de *La Bruja de Biertán* y *Quién cuidará de ti*. ¡También tienes la versión escrita en este número!

#DDMAG 2

En la Sala de Redacción hoy celebramos la inminente publicación del número 2 de la revista y lo hacemos con tres subsecciones:

- Curiosidades sobre criaturas mágicas.
- Un relato radioficcional presente en este número de la revista: el relato "Tomás" de J.D. Cano.
- El inédito concurso *IGNORAR Y FRACASAR*: El duelo definitivo entre el equipo Podcast y el equipo Revista.

¿Quién crees que ganará?

Síguenos en @droidsanddruids y escúchanos en Ivoox o YouTube.



MICRORRELATOS

Aquí os dejamos a los ganadores de la II Convocatoria Tuitera de microrrelatos sobre criaturas:

Camuflado entre las olas, pequeño, azulado, con pelo blanco encrespado, el wavur atrapaba a los niños incautos que se acercaban a la orilla los días de oleaje. Se los llevaba al fondo del mar, y los convertía en nuevos wavur gracias a un alga que sólo ellos conocen.

@flcastej

Lo sentía crecer en su interior. Cuando aquel ser inmenso y peludo la poseyó, creyó que moriría bajo sus garras. Sin embargo, jamás había sentido tanto amor. Esperaba que tuviera sus ojos.

@maruilen

Parte toro, parte serpiente
Se puede acabar con los dioses
Blandiendo el fuego de su vientre
Para salvarlo de los Titanes
Con su muerte amenazando al Olimpo
Un águila enviada truncó sus planes
Y fue elevada a constelación

Ofiotauro yo te bendigo

Percy Jackson es mi testigo

@viniloJoseCela

Un día plácido, camino de vuelta a casa, cuando... siento la amenaza de la criatura cerca. Acelero el paso, corro a abrir la puerta, cada vez está más cerca. Cierro como puedo, pero ha entrado conmigo. Desesperado, choco contra el espejo y... allí está, mirándome.

@Vicen_Herrera

Traje en mi zapato, sin saberlo, una pulga vampiro de Ascaonia. A los días, los perros de mi barrio estaban tan demacrados como sus dueños. Y cuando los sacaban a pasear de madrugada se abalanzaban sobre las corredoras mañaneras.

Estas no podían evitarlo: Se compraban un perro.

@MicroblogC



ARTÍCULOS

Los monstruos de tu armario.

Artículo por Inés Galiano.

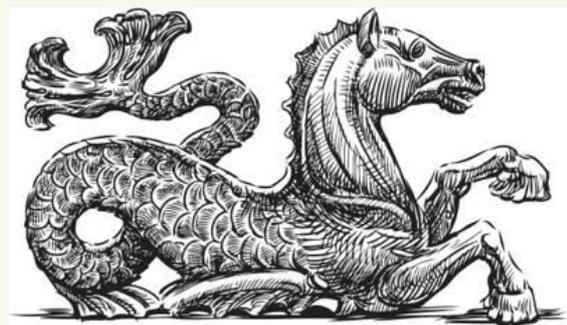
Oscuridad. Una casa en medio de la nada. El sonido de las ramas azotadas por el viento. Una presencia extraña contra la ventana de tu habitación. «Mamá, ya están aquí».

Los monstruos, fruto del miedo a lo desconocido, llevan con nosotros desde que el mundo es mundo y nosotros somos nosotros. Cíclopes, sirenas y banshees, advirtiendo a nuestros héroes (osea, nosotros) de los peligros que acechan en su viaje. Monstruos del pasado y del presente, creados en los imaginarios colectivos de los pueblos, indicándonos el camino a seguir o a evitar.

La palabra monstruo viene del latín *monstrum*, derivada del verbo *monere* que significaba «advertir». Los monstruos enviados al mundo por los dioses o las fuerzas sobrenaturales eran un aviso o advertencia que guiaban a los humanos. ¡Cuidado con el minotauro del laberinto, con los cánticos de las sirenas, las cabezas de Escila o los acertijos de la esfinge! No toméis el camino del bosque de las hadas, no crucéis el lago Ness y no entréis a las minas de Moria, si no queréis

enfrentaros a peligros desconocidos e indescriptibles.

Los monstruos no son otra cosa que un reflejo de nuestros miedos como sociedad, y como tal, los monstruos viven en las tinieblas de lo desconocido, pero también se ocultan tras máscaras para vivir entre nosotros. El monstruo cambiaformas que puede hacerse pasar por humano es también recurrente en la mitología y literatura: brujas que esconden su magia, kelpies que se transforman en humanos, duendes que engañan, vampiros que caminan por nuestras calles al caer la noche.



Kelpie

Los monstruos pueden ocultarse entre nosotros, como un recordatorio o advertencia de que todos a nuestro alrededor pueden serlo: de que todos



podemos tener un monstruo en nuestro interior.

Encontramos el monstruo oculto tras Dr. Jekyll: cuando el científico bebe la fórmula emerge Edward Hyde, un criminal capaz de las mayores atrocidades, el monstruo que revela la auténtica maldad que se esconde detrás del respetable científico. Descorremos también la cortina tras la que Dorian Gray oculta su retrato, una pintura que refleja la monstruosidad en la que se ha convertido al retirar la máscara.

Pero, ¿qué define al monstruo? Numerosas historias nos relatan monstruos imposibles y extraños que alteran la normalidad. Se produce una fragmentación del monstruo, una narración práctica de seres en los que se han combinado elementos y seleccionado fragmentos concretos.

Encontramos híbridos de animales y humanos como el minotauro, la esfinge o la sirena; animales que multiplican sus capacidades y su peligro como el perro de tres cabezas; seres con características físicas sobrehumanas como los gigantes, o carencias de las mismas como los cíclopes; o humanos con poderes, como las brujas. Desde el origen de la mitología se ha fragmentado y combinado el horror para crear el próximo monstruo que acecha en las sombras de lo desconocido.



Monedas del siglo V a.C. grabadas con el Minotauro y su laberinto

Una cosa que tienen en común todos aquellos monstruos es que todos poseen algo que se sale de lo común, que altera la normalidad, que rompe con las reglas establecidas y que nos indica que algo no está bien. Los monstruos no existen en un mundo en orden y así lo vemos en las historias de monstruos creados y fabricados por humanos como el Golem, Frankenstein o cualquier sirviente mecánico que se vuelve contra su creador.

El mensaje y la advertencia de la mitología son claras, cuando se altera el orden surgen los monstruos. Volvemos de nuevo al monstruo de Dorian Gray o al de Dr. Jekyll: aquellos monstruos que acuden cuando se produce una trasgresión del orden y las normas por parte del héroe. Dorian Gray elige su terrible destino cuando pacta con el diablo para conseguir la juventud eterna, lo que supone una transgresión de las leyes de la vida y la muerte, y lo hace volverse extraordinario y a la vez monstruoso. Dorian posee un secreto sobre el joven rostro que muestra al mundo, un rostro que no es más que una máscara de lo que es en realidad. La máscara, en cambio, puede tener



sentido inverso y desvelar el mundo al monstruo para ocultar al vulnerable ser original, como en el caso de la Bella y la Bestia, o de los troles de Internet. Pero en ambos casos, cuando cae la máscara, se enciende la luz, y conocemos la realidad, el monstruo deja de serlo: la Bestia vuelve a ser un príncipe, el dragón una lagartija y el ogro de tu habitación se convierte en un bulto de ropa. Pero lo que siempre nos queda es nuestro reflejo en el espejo de la mitología.

Los monstruos que acechan en las sombras al fondo de tu armario no son otros que tú mismo. «Hijo, duérmete».

Inés Galiano

@InesGalianoT

Entre sus muchos proyectos, uno es ser autora de ciencia ficción y fantasía. Se declara fan absoluta de los retellings y de las versiones alternativas. Ah, sí, y es de Ravenclaw.

DeZtripando al Zombie.

Artículo por Amanda Iniesta.

Muchas de las criaturas que aparecen en cómics, videojuegos, películas, etc. en la actualidad tienen orígenes muchas veces desconocidos para nosotros y cuanto menos curiosos.

A lo largo de la historia de la humanidad se ha escrito sobre muchas criaturas fantásticas, estas personificaban temores individuales o sociales o incluso como alegorías de fenómenos que las personas de aquel tiempo no podían explicar.

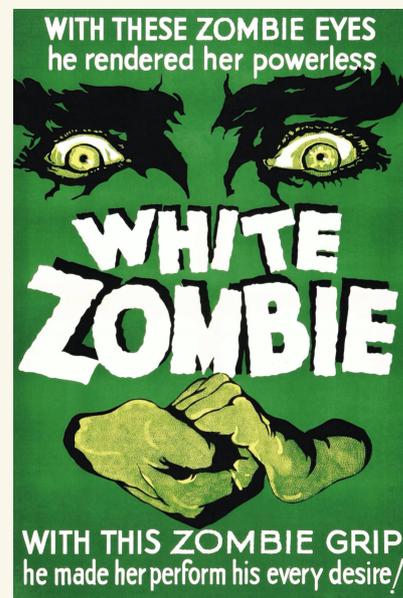
Dentro de estas criaturas existen unas que podemos categorizar como no muertos, y son las que vamos a explorar en este artículo.

Entre las criaturas que encajan en esta categoría se encuentran los zombies. Estos han aparecido en múltiples formatos culturales y en la época contemporánea son ligeramente diferentes a los Zombies originales, que tienen su origen en el vudú: la propia palabra zombie proviene del criollo haitiano zombi.

La figura del zombie original se dio a conocer al gran público por primera vez en los cines con la película *White Zombie* en 1932.

Esta película relata la historia de una pareja que viaja a Haití invitados por un terrateniente que desea convertir a la

mujer en zombie para quedarse con ella. Esta película se basaba en un libro escrito por William Seabrook llamado *The Magic Island*, publicado en 1929 en el que se relata la introducción del propio autor en el vudú a través de un chamán haitiano.



Película *White Zombie* (1932)

Los zombies que vemos en estos relatos son muertos que vuelven a la vida.



despertados por un brujo o chamán. El chamán controla la voluntad de estos zombies debido al influjo de un hechizo. Estas narrativas se basaron en la cultura de los esclavos haitianos desde un mirada colonialista.

Después de la publicación del libro y la película, la versión sobre los zombies fue cambiando: en las siguientes películas que se estrenaron en la gran pantalla a partir de los años 70, como *La noche de los muertos vivientes*, comenzó a entreverse el apocalipsis zombie. Toda la humanidad convertida en muertos vivientes por algún motivo desconocido, mientras que un pequeño reducto de gente intenta sobrevivir al apocalipsis.

En relatos posteriores vemos una narrativa que se ha repetido hasta el día de hoy: todo el mundo es un Zombie y el protagonista tiene que sobrevivir a una sociedad que quiere devorarlo. Este tipo de historias van también enlazadas en muchas ocasiones con la narrativa de la infección: los zombies también pueden ser infectados. Vemos un ejemplo en el clásico del cine *Resident Evil*, una saga en la que un virus hace que todos mueran y se conviertan en zombies. Un ejemplo distinto es, sin embargo, la saga de 28 días después, en la que los infectados no mueren y reviven como zombies, por lo que no serían técnicamente muertos vivientes.

Estas historias tienen otra cosa en común y es que, como se muestra en el videojuego *The last of us*, los grupos humanos sobrevivientes a este cataclismo zombie, lejos de colaborar entre ellos, forman pequeñas mafias jerárquicas y se enfrentan a los protagonistas que intentan sobrevivir.

¿Qué están queriendo decirnos los autores de estas historias? Tal vez que, en caso de un apocalipsis, la sociedad no sería capaz de organizarse para la supervivencia. ¿Somos nosotros (la sociedad) los auténticos muertos vivientes?

La maravillosa y terrorífica figura del zombie pone encima de la mesa de forma cruda y visceral cuestiones como la de una sociedad caníbal que consume personas de forma insaciable. Una metáfora sobre el consumismo histórico y el capitalismo desmedido, encarnado en cuerpos sin vida ni voluntad propia.

Amanda Iniesta

@IniestaAmanda

Devora las posibilidades de la improvisación cual zombie que corre rápido y los clásicos del cine de zombies.



Lamaštu y el patriarcado en Mesopotamia.

Artículo por Vanessa Cornago.

Vengo a hablaros de Lamaštu, un personaje de la mitología mesopotámica no muy carismático pero sí interesante. Lamaštu es una especie de demonio, y bastante capulla. En realidad, llamarla demonio es pasarnos de actuales, porque en Mesopotamia no existe el concepto de demonio como lo entendemos nosotras. Hay dioses buenos y malos; y os adelanto que la mayoría de las malas son diosas. Así que ya podéis imaginar por dónde va este artículo: ¡hola, misoginia!

Lamaštu es una figura recurrente en la literatura mesopotámica. A pesar de la diversidad de creencias presentes en lo que conocemos como Mesopotamia, a lo largo y ancho del territorio y de la cronología hay ciertas características compartidas entre ciudades-estado e imperios de diferentes siglos. Para situarnos un poco, estamos entre finales del III milenio antes de nuestra era y el II. Sin meternos demasiado en el terreno histórico y político, éstos son siglos de grandes cambios tecnológicos y culturales. El fenómeno religioso en el que toma forma nuestra protagonista comienza en Sumer, pero es con la

aparición del imperio babilónico y asirio cuando podemos hablar de una religión como tal, definida, organizada y centralizada, que además concentra el poder político de la región. Esta religión es una especie de revisión de las creencias sumerias, con sus spin-off, sus propios fanfiction de los y las protas sumerias y sus nuevas incorporaciones. Lamaštu es una de estas reinvencciones, que cobra especial importancia en la religión babilónica y asiria.

Éstas son sociedades en las que la religión y la magia explican desde las grandes catástrofes o las conquistas militares más gloriosas hasta los más pequeños inconvenientes o golpes de suerte en el día a día de cualquiera. Es necesario explicar un poco el grueso de su imaginario mitológico para entender mejor la figura de Lamaštu. Para empezar, cuando naces lo haces con un dios protector personal, heredado de tus antepasados, que vive dentro de ti. Es la llamada “piedad popular”. Éste es un dios que se encarga de protegerte de las desgracias y que trata de asegurar tu prosperidad. Así que la mejor manera de putear a alguien es



conseguir que ese dios personal abandone su cuerpo. Esto tiene un nombre: brujería. Sin este dios protector estás vendido ante el resto de dioses y diosas malignas cuyo principal divertimento es hacerte daño. Lamaštu es una de esas diosas malignas, la más peligrosa: la diosa de la maldad absoluta. Su principal filia son las desgracias relacionadas con la fertilidad (o más bien, la infertilidad), el parto y los recién nacidos. Los textos de la época dicen que Lamaštu entraba a través de las puertas mal cerradas o las rendijas de las ventanas y era atraída por la ropa sucia, el agua estancada o las heces. Es, por tanto, una divinidad estrechamente vinculada a la poca intimidad y la falta de higiene, por lo que las prácticas mágicas para protegerse de ella consisten principalmente en indicaciones higiénicas, que bien podrían considerarse las primeras prácticas de medicina preventiva. Y es que en Mesopotamia, la mortalidad infantil era muy alta, así como la mortalidad femenina vinculada al parto, por lo que luchar contra Lamaštu era en realidad luchar contra enfermedades infecciosas y fiebres.

En los textos literarios podemos ver sus malévolos actos y algunas descripciones parciales de su aspecto físico. Lamaštu es un ser híbrido, tiene una cabeza de león, cuerpo de asno,

garras de ave rapaz y algo (los textos no especifican el qué) de loba y de serpiente.



*Plaque of the Hells. Museo del Louvre, París, Francia.
Cronología: época neosiría. Descripción:
Placa de conjuro contra la diosa maligna Lamaštu.
Lamaštu aparece en el centro inferior de la placa,
arrodillada sobre un asno y una barca que debe
llevarla a ella y al enfermo al infierno.*

De ella los escritos cuneiformes dicen cosas tan bonitas como “Sus manos están sangrientas de carne y sangre” o “Ella está furiosa, ella es feroz, ella es extraña”.

Mi favorita es:

“Grande es la hija de Anu, la que tortura bebés, su mano es cruel, rabiosa, su abrazo es la muerte.

Ella es cruel, rabiosa, colérica, rapaz, un corredor, un secuestrador es la hija de Anu. Ella toca los vientres de las mujeres en el parto, ella tira del bebé de la mujer embarazada.”



Vamos, que no es que estuvieras esperando su visita precisamente. En Mesopotamia lo veían todo muy negro, y cuando la palmabas no ibas al cielo, al más allá, ni había posibilidad de salvar tu alma como en la tradición judeo-cristiana. No, si eras mesopotámica o mesopotámico, lo hubieras hecho bien o mal en vida, que para juzgarte y castigarte ya tenían ellos sus códigos ~~sádicos~~ legales con ordalías fluviales, y cosas por el estilo- te ibas al pozo, literalmente. Te ibas al inframundo, que consistía exactamente en un pozo oscuro y solitario en el que quedabas encerrado por toda la eternidad. Sí, así de jodido. El tema de la muerte daba más mal rollo que si puedes pensar que te vas a reunir con tus gatos en el cielo. La muerte era un concepto temido y negativo que suponía el final absoluto de la vida de una persona, a diferencia del mundo egipcio en el que con la muerte empezaba una nueva etapa.

Las personas mesopotámicas están compuestas por dos elementos: la parte física, el cuerpo, y la parte no sensorial, fantasmagórica. Esta parte espiritual no es exactamente el alma, es tan sólo una especie de sombra no sensorial de tu vida, un poco como las sombras cognitivas de Brandon Sanderson, o algo que nos recuerda a ellas, y en Mesopotamia le daban el nombre de Gidim o Etemnu. Este espíritu es el que

vagará por el pozo del inframundo durante el resto de la eternidad. La única conexión de esta sombra con la sociedad y su familia es a través de ceremonias que se encarguen de recordarla. Como en el Kipsum, un festival no muy festivo en el que se ofrecía comida a los muertos introduciéndola a través de un orificio en la tumba del difunto o la difunta. Ésta era la única comida que los muertos recibían en todo el año. Si la familia no acudía a la tumba con comida y no celebraba rituales en honor de sus antepasados, los espíritus salían del inframundo muy cabreados y se dedicaban a molestar a los vivos. Un poco como el pariente gruñón que no te dirige la palabra si no vas a verle por Navidad, pero en versión (más) terrorífica.

El caso es que sobrevivir en Mesopotamia no era fácil, más si eras mujer, pobre o extranjera, o las tres. Morir no era una perspectiva tranquilizadora, precisamente. Así que el poder aterrador de Lamaštu era imponente. A este poder, se le añaden otros dos factores: la concepción de la mujer como recipiente para proveer descendencia y la misoginia. El horizonte vital de las mujeres era el matrimonio (terhatum) y la reproducción. De hecho, en el texto acadio Atrahasis, se clasifican las mujeres en dos tipos: las que tienen

hijos y las que no; y se propone una tercera categoría: la “she-demon”, “que hace morir a las niñas y los niños pequeños”¹. A las mujeres que abortaban, parían hijos muertos o éstos morían al poco de nacer se les imponían graves penas: eran empaladas y, tras morir, se les negaba el entierro, lo que las condenaba a la desgracia eterna y a vagar como fantasmas por el mundo toda la eternidad. Era una manera de publicitar la gravedad de su crimen y de decir al resto de mujeres que el mayor delito que podían cometer era no proporcionar hijos a su marido. Así que en la figura de Lamaštu se concentran el temor a la muerte durante el parto y a la imposibilidad de tener hijas o hijos.



Amulet with a Lamashtu demon. Museo del MET, Nueva York, EEUU. Cronología: época neobabilónica (s. VII-VI a.C.). Descripción: En el amuleto de piedra caliza aparece Lamaštu amamantando a un cerdo y a un perro y agarrando serpientes de dos cabezas.

Por tanto, hemos de entender a Lamaštu como una herramienta publicitaria de la dominación patriarcal

en un entorno vestido con toda la parafernalia mitológica necesaria: el panteón babilónico y asirio es un panteón hetero-patriarcal, en el que los dioses y diosas ejemplifican de manera idealizada los roles de género. La excepción es Ištar, una transgresora de estos roles, que frecuentemente tomaba la iniciativa sexual (algo impropio de la feminidad ideal mesopotámica), una mujer guerrera y feroz que lideraba las batallas de los hombres y, como rezan muchos textos, una héroe. Y sí, los textos dicen héroe, no heroína: es muy frecuente en los textos cuneiformes el uso de términos masculinos para referirse a los cargos más altos que desempeñaban algunas mujeres de manera excepcional, ya fuera en el plano mitológico o en el administrativo. De todas formas, Ištar es la excepción que confirma la regla, recoge todas las conductas no deseables para la mujer y subraya la normatividad femenina al contraponerse al resto de diosas, todas ellas ejemplos idealizados de esta feminidad.

Al mismo tiempo, el mal era encarnado por lo femenino. Además de Lamaštu, contamos con otros espíritus malignos femeninos, como Ardat-ili. Muchos otros son anónimos, descritos en el himno al dios Samaš como “angry

¹ Adelina MILLET ALBÁ, *Mujeres y diosas en la literatura acadia*, en J. J. Justel - A. García-Ventura (eds.), *Las mujeres en el Oriente*

cuneiforme, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá: Alcalá de Henares, 2018: 175.



goddesses”² y, en conjunto, configuran una marabunta algo más que inquietante. Más allá de los espíritus malignos, las personas también tenían la capacidad de herir mediante la magia a otras personas. La brujería y los males de ojo podían, según recogen algunos códigos legales, ser efectuados tanto por hombres como por mujeres, pero eran las mujeres quienes por defecto tendían a ser consideradas las culpables de emplear prácticas mágicas para provocar desgracias en los hombres. Los textos literarios también asumen como algo natural que quien lanza el mal de ojo es una mujer y en ellos este hechizo aparece designado por términos como “ojo de mujer” u “ojo de vecina”.

En definitiva, Lamaštu era una grave amenaza especialmente para la mujer y era, al mismo tiempo, una amenaza con rostro femenino. Una excelente combinación de terrorismo patriarcal y misoginia, un panfleto perfecto al servicio de la dominación masculina.

Vanessa Cornago.

Adoradora de hipérbolos y de la épica más exacerbada. Enemiga eterna de Atenea, es del Troya Team hasta la muerte y se le caen las bragas cuando Héctor rompe la puerta de la muralla aquea en la *Iliada*. Ha leído otras cosas, pero normalmente no las recuerda. Cree que lo único bueno que escribió Tolkien fue el *Silmarillion*. Empieza cuentos que nunca acaba.

² Adelina MILLET ALBÁ, *Mujeres y diosas en la literatura acadia*, en J. J. Justel - A. García-Ventura (eds.), *Las mujeres en el Oriente*

cuneiforme, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá: Alcalá de Henares, 2018: 175.

Acerca del Golem.

Artículo por Antonio Galiano.

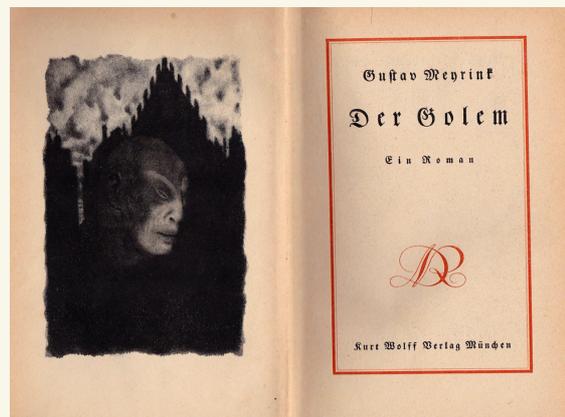
El Golem es una criatura legendaria perteneciente a la tradición judía medieval, un extraño ser, inicialmente hecho de barro, que es traído a la vida debido a la magia cabalística producida por una palabra que, en distintas versiones a veces se le pone en la frente o en otras ocasiones en un hueco en el pecho o cerca del corazón. Con el paso de los siglos el prodigio se atribuyó a la sabiduría del rabino Loew que había vivido realmente en la mítica Praga del siglo XVI, la de la corte del emperador Rodolfo conocido como el alquimista.

En la leyenda hay claramente una repetición del proceso por el que Dios habría insuflado la vida a alguien hecho de arcilla como es Adán. El rabino copia el papel de Dios y es bastante significativo como en algunas versiones de la leyenda el engendro se torna peligroso e incontrolable y el rabino debe retirarle su animación con la sustitución de la palabra que le ha dado la vida.

En algunas variantes el rabino simplemente utilizaba al Golem como un sirviente doméstico para tareas rutinarias que no precisaran demasiada inteligencia. La tendencia que tenía a interpretar las órdenes literalmente

causaba problemas. Así, por ejemplo, el rabino le habría pedido que trajera agua del río y el incansable sirviente lo habría hecho una y otra vez hasta causar una inundación en la casa. Por lo tanto, el rabino deshizo el prodigio cambiándole la palabra que le daba la vida anulando por tanto su actividad.

Esta característica casi humorística parece relacionarse y por lo tanto podría ser el germen de la figura del aprendiz de brujo muy popular en la cultura alemana gracias a un poema de Goethe, más tarde fue llevado a música por el compositor Paul Dukas y después se llegó a popularizar a través del fragmento de Disney en la película Fantasía donde un torpe Mickey da vida a una escoba que luego no puede controlar.



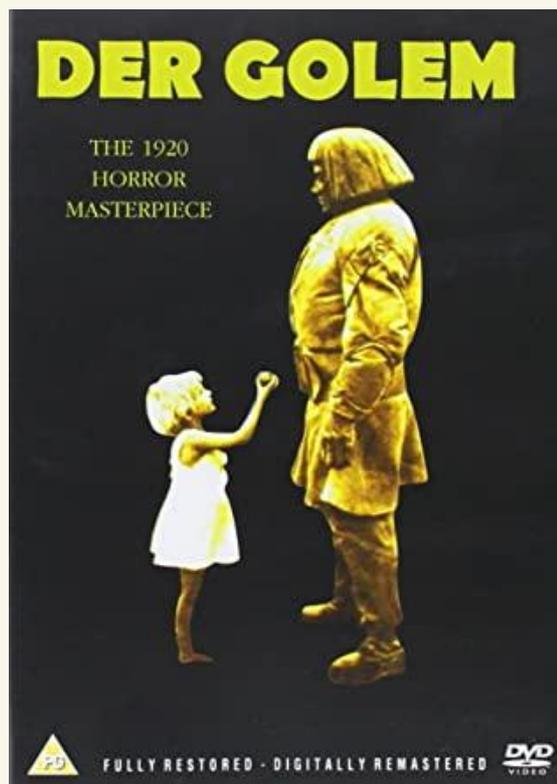
Edición austriaca original del Golem de Meyrink (1915).



En 1915, el escritor austriaco Gustav Meyrink, aficionado al esoterismo y la magia, publica una novela ambientada en Praga titulada *El Golem*. En ella se hace una referencia directa a la leyenda y al rabino Loew. Sin embargo, pese al título, la novela no se centra siquiera en la figura del Golem sino que esta es tomada como una referencia a que todas las personas tienen una vida que es realmente guiada por una personalidad interna y desconocida para el propio individuo que es quien le daría la vida y sentido a sus actos aparentemente libres.

Poco después de aparecida la novela, del cineasta alemán Paul Wegener realiza la primera de las tres versiones de la leyenda del Golem siendo la más conocida la de 1920, y que es considerada como una de las cumbres del cine expresionista alemán. Recoge la leyenda medieval y se ambienta también en Praga.

El Golem es un monstruo que, llevado por el rabino ante el emperador como exhibición de sus habilidades, se le descontrola en cierto momento. En el último momento la situación vuelve a ser arreglada por el rabino lo que le sirve incluso para negociar con el emperador la anulación de la orden de expulsión inminente que pesaba sobre la comunidad judía.



Cartel y fotograma de la película de 1920.

En el final de la obra, mientras el rabino es recibido como el salvador auténtico por parte de la comunidad, el Golem vuelve a descontrolarse y se encuentra con una niña. La escena recuerda vivamente una parecida que aparecería posteriormente en Frankenstein. El juego inocente entre ambos parece que puede acabar tan mal, cuando afortunadamente, la niña siente



curiosidad por el dispositivo que lleva el Golem en el pecho y al retirárselo causa que el monstruo se derrumbe.

Antonio Galiano

@antoniogaliano

Profesor de Filosofía en un instituto de secundaria de la ciudad de Murcia, gran aficionado al cine y la literatura. Preocupado por la ecología y melómano. Ajedrecista a ratos.

Brujería pagana y cultura romaní.

Entrevista a Verónica Cervilla. Texto por Mariado Martínez.

Nos convertimos en espectadoras de la tradición con Verónica Cervilla, autora de *La Bruja de Biertan*.

Abrimos las puertas de la sala de redacción de D&D para recibir a nuestra primera invitada. Guionista, autora y ganadora del IV Premio Ripley por su novela «Quién cuidará de ti», Verónica Cervilla accedía a inaugurar sección con una charla a tres. Y nosotras, cual auténticas «grupies» lectoras, estábamos encantadas.

Verónica empieza a alimentar su interés por el terror consumiendo cine y literatura de este género, algo que funcionó como terapia de choque contra un susto temprano al toparse, de bien pequeña, con la película del *Muñeco Diabólico*.

Ahora solo le asustan las películas que nos dan argumentos tan perturbadores que no se nos haría extraño verlos reflejados en la vida real. Y en forma de nueva terapia gratuita, se agarra a la escritura: «Lo que más me gusta de ser escritora es que puedo escapar del mundo en el que vivo, me aburre mucho la realidad, necesito escribir porque si no me volvería loca».

Entre sus proyectos: novelas de fantasía oscura, «eso que no llega a ser terror, pero lo roza», varios cortos, largometrajes en curso, y la plataforma para escritores de género en español que supone la revista *Tártarus*, la cual dirige desde hace seis años.

La Bruja de Biertan, su última novela autopublicada, había desatado un pequeño fenómeno fan en la redacción. Así que gran parte de nuestra curiosidad y ganas de cháchara iban dirigidas a saber más sobre anécdotas, procesos creativos y de construcción de la obra. Nos lanzábamos con muchas ganas de conocer los entresijos de esta historia tan bien ambientada que engancha desde el minuto cero.



La Bruja de Biertan - Verónica Cervilla.



El libro comienza con una nota que avisa al lector: «en el verano de 2017 me marché a Transilvania y pasé un tiempo descubriendo qué esconden los Cárpatos».

Con esta premisa, ya sabíamos que habría una gran dosis de realidad en cada uno de relatos paralelos que conforman la historia. Una mezcla de imaginación, experiencia y un arduo proceso de documentación que dan lugar a una trama muy bien conseguida: «No quería que se asociase Transilvania otra vez al vampirismo, que es lo de siempre, y sí, hubo mucho esfuerzo en la parte de la documentación y ambientación. Incluí la anotación porque mi intención era hablar de la parte real de la brujería romaní, y no hacer como Bram Stoker que nunca fue a Transilvania».

Y es que este relato de brujería nace prácticamente de una casualidad: «Estuve en un pueblo muy pequeño de Transilvania, Drácula es mi libro favorito y quería saber más sobre ello, y casi de casualidad me encontré con el tema de la brujería —confesaba Verónica— de hecho de vampiros casi nada, es más bien una leyenda que una realidad», nos comentaba. «Nos adentramos en el tema de la brujería al poco de llegar a Transilvania. Fuimos al pueblo de Biertan y allí nos llevaron a la torre de la prisión que aparece en el

libro. Teníamos un guía local, un campesino de Transilvania que hablaba un poquito de español. Me interesaba la cultura local, fuera de lo turístico y fue él quien nos habló de la brujería. Seguimos hablando sobre ello con gente del pueblo y me pareció súper interesante y muy poco conocida esa parte de la cultura romaní»

Con todo esto, ya se hace claro por qué los personajes, tanto principales como secundarios, están cargados de esos contrastes que les dan un carácter tan real: «Por lo que yo quería contar sobre brujería, no quería que Mitica (una de las protagonistas de las historias paralelas que entrelaza la obra) fuese un personaje idealizado. La brujería no es lo mejor o lo peor. Quería hablar de la brujería real, no de la brujería mágica, si no de la pagana. La mayoría de *hechizos* que aparecen son reales.»

Y es que ya desde el principio podemos entrar a formar parte del #teamCrina o #teamMitica al adentrarnos en las narraciones paralelas: «Me encanta cuando me dicen que se han creado dos bandos entre los lectores, el bando Mitica y el bando Crina (...). La intención era contar dos historias y confundir un poco, pero al final todo tiene sentido. La novela es una dicotomía en sí misma, bien y mal, lo que queremos y lo que debemos hacer.»



Verónica, que aconseja a escritores noveles cargarse de paciencia y no «quemar una idea», nos dio un primer café en redacción cargado de anécdotas, experiencias, y formas de afrontar una carrera en el mundo editorial.

A partir de aquí nos quedamos con lo que dicen las auténticas brujas de Biertan, y es que, como con casi todo: «la magia no es lo mejor o lo peor, todo depende de cómo la quieras usar».

Podéis entrar ya a nuestra sala de redacción y escuchar la entrevista al completo en el podcast de Droids&Druids, bajo la sección #DDMAG:

#DDMAG 1x01 - Entrevista a Verónica Cervilla

María D. Martínez (Mariado)

@mariado.m | @mariadomrtzn

anuncios por palabras Traductora con alma periodística trabaja en márketing para start-ups tech y vuelca su pasión por los datos y las historias random en el blog somedayoneday.com

FAN ART

Nos hizo muchísima ilusión recibir esta ilustración de Marc Aguilera.
¡Definitivamente se merecía un hueco en este número!



Marc Aguilera

@arthem_art

Artista wanabee fanático del manga, el rol y los videojuegos. ¡Seguidme en Instagram para más publicaciones irregulares!

Si queréis enviarnos vuestras creaciones estaremos encantades de recibirlas en droidsanddruids@gmail.com



RELATOS



Os presento a mi nuevo Churri.

Relato por Borja Alonso.

De fondo, suena una lista pop del Spotify. Dos chavalas están tiradas en los sofás de su local en una postura que haría llorar a un quiropráctico. Se están fumando un cigarrillo aliñado, y no estamos hablando de que le hayan echado sal y pimienta al tabaco precisamente. Hay un fuerte olor a litrona barata y a doritos revenidos bajó el sofá.

—Lo que te digo, tía. Marisa está de un raro que no veas —dice Celia, la que lleva una cantidad de piercings difícil de enumerar. Tiene tintado el pelo de verde fosforito.

—Boh. Es que se ha echado novio — comenta Alba, que parece un insecto palo con gafas que han vestido con las sobras de la última temporada del Zara.

—No sé, no es como otras veces, tía. Está histérica. Oye, pásate el porro, ¿no?... Gracias. Pues me dijo que era un tipo importante, o no sé qué. Yo creo que es famoso, ¿sabes? Un músico. ¿No se metió hace dos semanas en el backstage del concierto ese de death metal?

—Uf, hablas muy rápido, Celia...

—¡Seguro que se trincó al bajista! Es una pija, pero anda que no le va el rollo creepy...

—Boh, pronto lo sabremos.

—¿Y eso?

—Quiere presentárlasno...presen... — Alba levanta el móvil—. Que están de camino.

—¿Cómo? ¡Pero eso está prohibido, tía! ¡Marisa lo sabe! Si no, esto siempre acaba convirtiéndose en un picadero. Además, el local está hecho un asco.

—Será solo un ratito....

La lista de reproducción sigue en bucle. Alba y Celia acaban el primer canuto y atacan el siguiente. Una neblina densa cubre el techo del garito, donde una bombilla cuelga de un hilo; así, para dar ambiente. Al poco, alguien abre la portezuela del local y baja las escaleras. Suena a taconazos. Es Marisa. La sigue algo, a falta de una palabra mejor.

—¡Alba, Celia! ¡Hola, guapas! ¡Qué alegría veros! ¡Soy tan feliz!

—Eyy, qué pa... ¡Hosstia puta! —Celia le echa un vistazo al canuto y luego vuelve a levantar la vista, alucinada—. Pero tía, si eso de ahí es...

—...un puto caracol gigante —murmura Alba.

—¡Já! Cómo sois, un caracol dice. Mirad, os presento a mi novio, 02001A000. ¡Es alienígena! Saluda, cariño. Es lo de



agitar el apéndice. Eso es. ¡Qué solete!
 «Saludos, hembras».
 —¡Boh, qué filpe! ¡Me ha sonado la voz dentro de la puta cabeza! —dice Alba.
 —Yo también lo he oído, tía —dice Celia, que sigue mirando el porro, suspicaz.
 —Es que es telépata, chicas. —Marisa arroja su bolso de Gucci al sofá y va directa para la nevera, que está al fondo del local—. ¿Qué te apetece beber, cariño?
 «Peróxido de hidrógeno».
 —¿Agua... oxigenada? —pregunta Alba.
 «Con hielo, por favor».

Marisa rebusca en el cajón de licores y el botiquín y empieza a preparar los cócteles. Ella se tomará un roncola. Mientras tanto, Alba y Celia no apartan la mirada del alienígena.

—Ehh, entonces... ¿Te llamas 02●0A⊕☛? —pregunta Alba.

«Es 02●0A⊕☛, con acento en la A». El alienígena termina de reptar el último escalón. Tiene un cuerpo baboso, pero lleva puesta una chupa. Su figura es vagamente humanoide, como si alguien hubiera intentado formar una persona con un cuarto de tonelada de gelatina y músculo. Ah, en la chupa lleva una chapita de Nirvana. Extiende dos antenas con algo parecido a dos globos oculares en sus extremos y contempla todo a su alrededor.

—Boh, lo que sea. Ehh, ¿y cómo os conocísteis? ¿Tiene que ver con la telepatía?

Marisa suelta una carcajada, eufórica. Se acerca a su novio y le ofrece el trago. De su cuerpo gomoso se extiende un tentáculo que agarra el vaso. Empieza a beber por una oquedad, cuya única palabra en castellano para definirla, por desgracia, es esfínter.

—Veréis, es que los de su raza pueden viajar en el tiempo y en el espacio. Es gracias a un líquido que segregan. Es complicado. Os lo explicaremos luego, chicas. El caso es que él intentó «saltar» a nuestro planeta y llegó al jardín de mi casa por error. No veas como se puso Piti, mi yorkshire. Por lo visto, en el futuro la tierra está deshabitada o algo así.

«Esa información no es concluyente».
 —¿Se acaba el mundo? ¡No jodas! Boh, mejor me hago otro petardo... —dice Alba, que lía a una velocidad impresionante—. Joder, qué movida. Entonces, no eres un caracol, ¿no? Es que con esos ojos lo pareces. ¿Y no serán tus primos lejanos intergalácticos?

«Negativo».

—Oye, tía, me estaba preguntando si podéis... Ya sabes... —Celia junta los dedos, dejando claro a qué se está refiriendo. Al fin y al cabo, tiene dieciséis años y mucho tiempo libre.

—Ay, ¡cómo eres, Celia! Siempre pensando en lo mismo. —Marisa suelta una carcajada, se agarra a 02●0A⊕☛ y rodea con los brazos su carne



gelatinosa. Es como abrazar un hinchable untado en aceite—. No os voy a dar detalles sobre eso aún. ¡Lo que tenéis que saber es que somos muy felices! ¡Estamos terriblemente enamorados!

«Rebosamos pasión afectiva».

—Boh. Así que vais en serio... —Alba silba mientras se limpia las gafas—. Oye, pero lo vuestro es un marrón, ¿no? Si $\text{O} \supset \text{Q} \text{O} \hat{\text{A}} \oplus \llcorner$ puede saltar en el tiempo, en algún momento volverá a... bueno, a su época. Al futuro ese.

«Información no concluyente. Mi barómetro espacio-temporal-chorromántico indica que estoy en el momento correcto, pero aún quedan siglos hasta vuestra extinción y que mi raza ocupe vuestro lugar. Temo haberme quedado atrapado. Oh, he sido grosero. Disculpa».

—Boh, tranqui. Veo las noticias. Está claro que al final nos cargamos el planeta. ¿Fumas?

«No proceso bien el tetrahidrocannabinol, pero probaré una calada...».

—¡Sí! —exclama Marisa—. ¿Y sabéis qué? ¡Nos vamos a mudar juntos! ¡Soy tan feliz!

Celia levanta las manos y hace ese sonido, «¡Wowowowow!», tan clásico.

—Oye, Marisa, ¿podemos hablar un momento a solas? —le pregunta.

—¡Claro, querida!. $\text{O} \supset \text{Q} \text{O} \hat{\text{A}} \oplus \llcorner$, cariño, siéntate con Alba. Es muy maja.

Y empieza a explicarle eso de plegar el espacio-tiempo.

El alienígena se arrastra hacia el sofá y lo ocupa. La chica está a punto de quemarse las uñas de tanto apurar el canuto. Mientras tanto, Celia, con esfuerzo, se levanta y se lleva a su amiga a un aparte, cerca de la nevera. No quiere hablar de tragos precisamente.

—Joder, tía, vas muy a saco con $\text{O} \supset \text{Q} \text{O} \hat{\text{A}} \oplus \llcorner$, ¿no? A ver, parece majo y mola ese rollo Cifi-rockero que me lleva. Y no soy racista, ni especista, pero..., ¿iros a vivir juntos? Seguro que es ilegal. Ehh, lo que quiero decir es que vais a tener problemas, tía.

—¡Qué va! Verás, como ya he dicho, los suyos segregan una sustancia que te permite ver el futuro. La he tomado, cariño. ¡Y todos somos muy felices! ¡Es maravilloso, Celia!

—Sólo te digo que te lo tomes con calma, tía.

—No puedo ir con calma, Celia. ¡Vamos a tener un hijo! ¡Soy tan feliz!

—¿Quééééé? ¡No-me-jodas! ¿Estás preñada?

—¡Oh, no! He dicho que vamos a tener un hijo. ¿Lo entiendes? Todas. Sois mis amigas, y os quiero. Mira, ¿ves lo que le está haciendo $\text{O} \supset \text{Q} \text{O} \hat{\text{A}} \oplus \llcorner$ a Alba? ¡Ya ha empezado! Primero pincha con eso de ahí... Es como una aguja, ¡pero da mucho gusto! Entonces, te calmas y lo ves todo claro. Cierra la boca, querida,



que estás más guapa. Y no pongas esa cara de susto que te van a salir patas de gallo. A ver, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Después,  saca un tentáculo y te lo mete... ¡Ah, míralo! Ya ha terminado con Alba. ¿Ves qué fácil es? Ahora te toca a ti, querida. Así, estaremos todas juntas. Seremos uno. Luego, llamaremos al resto de la pandilla, a nuestros padres, sus amigos... ¡Seremos tan felices!

«Sabes, Marisa, creo que al final mi barómetro espacio-temporal no ha fallado. Creo que, definitivamente, esta es la época correcta a la que debía saltar».

Borja Alonso

@borradorcrisis

Borja Alonso (Remolinos, Zaragoza, 1989) se define como el auténtico fracaso renacentista. Químico, nutricionista, friki, cocinero y opositor. Escribe artículos en Caja De Letras y RelatosyMentiras. Primer premio en Diversidad Literaria (2018), Librería París (2019), FreakCon (Málaga, 2020) y Narratium (2020).

Publicó en las siguientes revistas o podcast: Línea Difusa, Perdiendo el rumbo, Revista Mordedor, SoloNovelaNegra y Droids&Druids, naturalmente. También ha participado

en numerosas antologías como: OrgulloZombi, ShowYourRare, Letras Fracasadas, 2020 y que no nos coja confinados, Dentro de un Agujero de Gusano, Hecho de Vuestras Historias, de Ediciones Labnar y, por último, Cambios Irreversibles.

En el 2020 lanzó Grumo y Mosquito, una novela corta chorrofantástica y épicodeirante, galardonada como Premio Nacional Mejor Novela Autopublicada de Fantasía.

Cocina mucho. Y rico.



Aniquilación.

Relato por Yolanda Fernández Benito.

Esperando la batalla final, no puedo dejar de reflexionar y buscar el motivo por el cual mi raza cae inexorablemente en una espiral de destrucción. Vivimos en un estado de urgencia constante, rogando que el apocalipsis que está por llegar no acabe con todo lo que hemos conseguido en nuestras míseras vidas. Sabemos y somos conscientes de que pertenecemos a una raza muy superior a las otras miles que hemos conocido. Nuestros ancestros así nos lo contaron y así lo transmitimos una y otra vez, de generación en generación. Aunque sabemos defendernos, no somos guerreros; solo erramos por nuestro universo buscando un paraíso donde desarrollarnos dignamente y poder vivir en paz de una vez por todas. He tenido suerte en mi vida. Soy uno de los más longevos de mi especie y aunque este sea mi último destino, he sido distinguido con el honor de servir en varios puestos. Primero como explorador y más tarde como colono. Sé que ya nunca lo veré, pero aun así me consuela saber que en este momento mi estirpe se ha extendido por medio

universo en busca del territorio libre que tanto ansiamos.

Satisfecho, contemplo a mi prole agazapada en los puestos de defensa, esperando con entereza la batalla final. Sinceramente creía que esta vez lo habíamos logrado, no en balde conseguimos colonizar una gran extensión, aunque ni por asomo hemos llegado a los confines de este delicioso mundo. Ayer las naves de reconocimiento nos localizaron y no fueron pocos los que cayeron. Con pesar, los supervivientes asistimos a la masacre, viendo cómo eran capturados y lanzados salvajemente contra el fondo del abismo. Aunque estamos preparados para ello, no dejan de estremecernos los crujidos que emiten nuestras corazas al ser aplastados sin piedad.

Hemos intentado huir, pero era demasiado tarde. Como patriarca del asentamiento he de reconocer mi parte de culpa. ¡Qué inocente fui al pensar que yo era el Mesías que había logrado llevar a su tribu a la tierra prometida! Tendría que haber distribuido mi prole enviando colonos a otros mundos. No lo



hice para alimentar mi egocentrismo, como me han echado en cara algunos individuos de segunda generación. Mi gran error fue albergar esperanza y ansiar un futuro mejor para ellos.

Ya puedo percibir los efluvios del gas venenoso y la falta de aire hace que nuestros cuerpos comiencen a encogerse. Aunque me duela respirar y mis seis extremidades estén empezando a fallar, obligándome a soltar el tronco tras el que me camuflé, me siento bien. Mis pensamientos más funestos se alejan dejando paso a recuerdos felices. Sonríe al recordar la fiesta de la noche anterior. Sabiendo que nos habían localizado y que nuestro destino iba a ser el más funesto posible, festejamos la vida que habíamos vivido sin nostalgia por la que no pudimos tener. Hoy nuestras corazas están tensas, a punto de reventar por la hinchazón de nuestros abdómenes repletos de la dulce savia que este paraíso nos ha brindado y que la noche anterior habíamos libado hasta quedar saciados.

Poco a poco todos se van soltando de sus troncos y desapareciendo en la tóxica bruma que cubre la superficie. Pocos somos los que aún resistimos en nuestras posiciones. Con mi último aliento admiro como los depósitos de las nuevas crías siguen anclados a los troncos y como sus tranquilos latidos aún resuenan con fuerza. ¡Sois nuestra

esperanza! Les arengo con mis últimas fuerzas al comprobar que resisten al gas. Ellos serán la regeneración.

Resignado y viendo que mi vida está acabada, poco a poco voy relajando mi cuerpo dejándome caer al abismo, con una sonrisa en los labios sabiendo que aún hay esperanza. Pero nuestra existencia es cruel hasta el final y no me permite morir tranquilo. Ya inmerso en la letal bruma, con desesperación, alcanzo a ver una nave de reconocimiento que ha detectado las huevas y las arranca de sus posiciones salvajemente. Afortunadamente los estertores finales que me provoca la bruma tóxica evitan que oiga los crujidos de las crías al estrellarse en el fondo del abismo.

Mi único deseo es que otros como yo, diseminados por el enorme universo que nos rodea, no fallen como yo lo he hecho. No es justo que nuestra raza lleve tantos años vagando por el mundo sin conseguir el lugar que nos corresponde. No es justo.

* * *

—¡Ay! Que me haces daño —se quejaba el pequeño entre lloros.

—Estate quieto o no acabaremos nunca; tienes el cuero cabelludo totalmente irritado, parece un campo de batalla. Y de mañana no pasa, ¡ya está bien! O el colegio pone medios o aviso a sanidad —



refunfuñó la madre, mientras meticulosamente pasaba la liendrerera por el pelo húmedo de su hijo.

Yolanda Fernández Benito

@yolanda58209721

Me gusta observar el anodino mundo en el que vivo. Siempre encuentro un detalle, una cara, una imagen, un sonido que me sirven de inspiración para crear mis realidades paralelas. Aunque me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, he de reconocer que siempre en mayor o menor medida acaban teniendo un toque siniestro y oscuro.



Pensamientos de un hada que existe.

Relato por Alejandro Rodríguez Tárraga.

Cada vez que alguien dice que no cree en las hadas, un hada muere.

Peter Pan.

Yo existo. Sé que existo, he existido y existiré. Y lo sé porque soy real. Soy lo más real que conozco. Yo misma soy mi única certeza. Pienso porque existo, y existo porque pienso. De no ser así ¿de quién serían estas palabras? ¿Quién sino yo, que me encuentro en esta tesitura, podría comprender tanto mis sentimientos como para plasmarlos aquí, tal como los vivo? ¿Quién entendería el dilema de un hada, sino el hada misma?

Me llamo Ptxs. Sé que es mi nombre porque nació y ya lo sabía, pero nunca lo había escrito. Creo que es bonito. Los nombres tienen poder, tienen fuerza, y si alguien conoce tu nombre, tiene poder sobre ti. Por eso nunca hay que decirle tu nombre a un hada. Yo nunca le he dicho mi nombre a nadie. No con palabras, al menos.

Algunas veces, algo pasa. Conectas con alguien, conectas de verdad, y vuestras esencias bailan. Algunas veces bailan con el cuerpo, otras con palabras, y otras solo con miradas. Pero en ese baile, te acercas al nombre de la otra persona. Te acercas tanto que casi logras oírlo. Y entonces caes en la

trampa. Escuchan vagamente el sonido de tu nombre, y ejercen un poder sobre ti que no logras controlar, y al que los humanos han llamado amor. Un poder tan fuerte que actúa incluso cuando estás sola, a veces con más fuerza.

Yo he bailado mucho. He sentido muchos nombres, los he oído susurrar, me han insinuado su sonoridad, su verdad. Pero solo una vez, una única vez, alguien ha oído el mío. Oírlo de verdad. No un susurro, no una insinuación. Conocer mi esencia, cada letra de mi nombre, la forma correcta de pronunciarlo.

Una vez es suficiente para arruinarlo todo. Suficiente para hacerte dudar de todo, hasta de ti. Sobre todo de ti.

Su nombre era Violín. Aquel fue el nombre que yo escuché, al menos. Los otros humanos que vivían con ella en la cabaña de madera no la llamaban así, claro, pero era Violín.

Soy traviesa; es casi una redundancia cuando ya he dicho, alto y claro, que soy un hada. Pero es algo que debe quedar claro. Mi pasión, además de bailar, es reír. «Existo» para hacer travesuras. Los humanos no comprenden nuestro



humor, porque no son tan puros. Pero hay una comicidad especial en mover las cosas de sitio o enredar y desenredar cordones. Preparación, expectación y remate, lo tiene todo. El chiste perfecto.

Cuando no buscaba hadas o gatos con que bailar, me gustaba viajar a la cabaña de madera y hacer travesuras. El mejor momento para preparar una travesura es la noche, porque el remate es más gracioso cuando el humano tiene sueño y va con prisa, como al momento de despertar.

Recorría yo la casa una más de tantas noches, moviendo cosas de sitio y aguantándome la risa, cuando vi a Violín tumbada en su cama. Susurraba algo en sueños. El impulso de la curiosidad, casi igual de fuerte que el de hacer travesuras, me empujó a su lado, y me senté sobre su almohada a escuchar.

—No, no me lo quiero comer, huele mal —decía en sueños—. Yo quiero pan con miel.

—Es pan con miel, y es delicioso —le dije yo, y entonces Violín sonrió.

—Es verdad, que rico —y siguió durmiendo. Me había parecido divertido influir en sus sueños, y decidí hacerlo más. Al principio solo con pequeñas aportaciones a lo que Violín narraba. Pero según su sueño iba avanzando, comencé yo misma a dar ideas.

—Vaya, ¿qué es aquello de ahí? —probaba a decir.

—Un violín —dijo una vez—. Siempre he querido tocar el violín. Pero no sé hacerlo.

—Si que sabes —dije—. Compruébalo.

—Suena mal. Ha llegado gente, y me miran con odio. Lo estoy haciendo mal.

—Es la música más bonita del mundo. Solo están concentrados. Sigue tocando y verás.

Y entonces, lo juro, llegué a oír la música. Hermosa y clara, más limpia que los cantos que los pájaros se reservan para sí cuando saben que no hay humanos cerca. Sin darme cuenta, había bailado con aquella humana en sus sueños.

Me marché por aquella noche, abrumada. Las leyendas dejan claro lo que pasa cuando un hada y un humano se relacionan demasiado. Los cuentos de hadas, los de verdad, nunca tienen finales felices.

Pero a la noche siguiente volví. Me senté junto a su almohada y le volví a hablar. Guié sus sueños, y cerré los ojos para intentar ver qué veía ella. Unos paisajes preciosos y sugerentes, plagados de inseguridad y de gente hostil, que yo misma me encargué de deformar hasta convertir en virtudes y amigables vecinos. De alguna manera, Violín dejó de tomarme por narradora y me involucró en su sueño. Hablaba conmigo, me preguntaba cosas a las que



no sabía responder y me hacía reír. Cuando volví a escuchar los acordes de su nombre, me levanté y me fui volando a casa.

Pero al día siguiente volví. Y al siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente. Noche tras noche me sentaba sobre su almohada, y esperaba a que comenzase a soñar. Y entonces, ella me preguntaba «Hada mía, ¿estás ahí?» y yo le decía «Sí, aquí estoy. ¿Qué ves esta noche?». Y de nuevo comenzábamos a soñar juntas. A bailar.

Pasaba las mañanas canturreando los acordes que había oído de su nombre la noche anterior. En aquellos momentos aún no sabía que se llamaba Violín, pero comenzaba a intuirlo. No pensé que, de la misma forma que yo oía su nombre, ella hacía lo mismo con el mío.

Una noche me dijo:

—Hada mía, quiero bailar contigo.

—Bailemos pues. ¿No ves lo hermosa que es esta sala de baile? ¿No oyes a la orquesta tocar?

—No, así no quiero bailar. Hada mía ¿Cuál es tu nombre?

—No te lo puedo decir.

—Creo que sé cuál es tu nombre. Me lo has dicho muchas veces, aunque nunca me lo hayas dicho.

—¿Para qué lo quieres saber? Un nombre es algo íntimo, demasiado peligroso en manos de cualquiera que no sea uno mismo.

—Lo quiero para poder bailar contigo.

—Bailemos pues, y escuchemos si nuestros nombres quieren hablar.

Y entonces bailamos.

Bailamos con nuestras miradas,
(los ojos cerrados)

bailamos con nuestros cuerpos,
(tumbados, inmóviles, separados)

bailaron las lenguas
(dormidas).

Mi nombre escuchó el suyo, y el suyo el mío.

Ptxs y Violín. Todavía se me estremecen las alas al pensar en ambos nombres juntos.

Nos amamos con el alma. Nuestras esencias se impregnaron la una de la otra. Por eso sé que soy real. Porque si no existiera no podría sentir tanto amor.

Ni tanto dolor.

Aquella noche dormí allí, sobre su almohada, arropada por el aroma de su pelo.

Violín despertó cansada, y no me vió.

—¿Tampoco has descansado esta noche? —le preguntó otro humano.

—No. Estoy agotada. He tenido un sueño muy vívido, y de poder, volvería a tumbarme para soñar más.

—¿No recuerdas qué has soñado?

—Nunca lo recuerdo.

—Eso es cosa de hadas. Te llevan en sueños con ellas y no te dejan descansar.

—Menuda tontería. Eso son cuentos — dijo Violín—. Las hadas no existen.



Y no mentía. Había visto el alma de Violín. Había oído su nombre. Podía saber, sin asomo alguno de duda, cuándo decía o no la verdad. Y Violín no creía en las hadas.

No creía en mí.

¿Acaso no soy yo más real que un cuento? ¿No lo es, tampoco, nuestro amor? ¿Tan tenue es mi brillo que, con sólo romper el velo del sueño, desaparezco con él? ¿Es mi existencia algo tan frágil?

Quiero creer que no.

Quiero creer que existo.

Sí. Existo. Yo, Ptxs, existo. Existo para el amor. Existo para las travesuras.

Soy real y existo.

Tiene que ser verdad.

DEBE ser verdad.

No debo dudar.

Porque, de lo contrario... si por un solo momento dudo... si durante un segundo dudo al recordar que Violín, la única persona que ha oído mi nombre, no cree en mí...

Me da miedo preguntármelo, pero ¿Y si yo, Ptxs, en realidad no

Alejandro Rodríguez Tárraga

@Shonen_TheGreat

Alejandro Rodríguez Tárraga, conocido en el mundillo friki como Shonen. Máster de rol y escritor por vocación, acaba de terminar su primera novela y ya lleva parte de una segunda terminada, ambas todavía pendientes de publicación. El resto de horas que no dedica a escribir relatos o novelas las gasta haciendo tramas para los roles en vivo de Azarkia. donde es conocido por sus historias retorcidas, alocadas e inspiradas (muy levemente) por los Mitos de Cthulhu.



Tomás.

Relato por J. D. Cano

Cuando llegué al salón aquella tarde, mi hermana estaba agachada mirando el jardín a través de la cristalera. Yo acababa de salir de mi cuarto golpeándome contra las paredes del pasillo tras más de ocho horas seguidas trabajando. La saludé y ella se giró.

—Vaya cara llevas, pareces el duque de Edimburgo.

Me toqué la cara, noté con mis manos temblorosas los ojos hinchados. Mi hermana se giró de nuevo y siguió observando el jardín.

—¿Qué estás mirando?

—Ah, hostia, tú, flipa —dijo y después señaló fuera—. Hay un alien en el jardín. Mira.

Me acerqué a la cristalera y ahí estaba. Un alien. Un alien con aspecto huesudo, cabeza ovalada y con los dientes tensos. Un alien tan negro como el futuro laboral de un millennial. Un alien que parecía diseñado por el mismísimo H.R. Giger. Y estaba en mi jardín, a plena luz del día, dando saltos mientras perseguía a una mariposa.

—¿Pero qué diantres? —dije.

Bueno, a ver, es evidente que no dije eso, o al menos no utilicé el término diantres para expresar el shock que me

supuso ver a semejante monstruo paseando por el jardín pero que, con el ánimo de hacer este relato más apto para todos los públicos he optado por censurar aquellas palabras que pueda considerar obscenas, blasfemas o, en cualquier caso, inapropiadas para un público menor de edad; si bien en la vida real no impediría su uso ni sería yo quién para prohibírselo al resto de personas con las que me encuentre. Dicho lo cual, continuó con el relato.

—Lleva ahí toda la mañana —dijo mi hermana, después se llevó una mano a la cabeza—. Voy a por la réflex. Con esto me contratan en la Vice fijo.

Se acercó a su escritorio y de un cajón sacó la cámara y el objetivo, se puso tras la cristalera apoyando una rodilla en el suelo y comenzó con el reportaje fotográfico de la criatura, la cual había decidido tirarse a nuestra piscina de agua opaca y paliar el aburrimiento que tendría mientras no encontraba nada que comerse (es decir, a nosotros) con un deporte tan completo como el de la natación, dicho sea de paso, buenísimo para una espalda tan esquelética como la suya y que yo intuía que tendría principio de escoliosis. Así que dudaba



entre aterrorizarme por nuestra posible muerte cercana o alegrarme porque la criatura había decidido abrazar el fitness como forma de vida (la cual imaginaba cargada de malos hábitos como exceso de grasas saturadas, azúcares, carbohidratos y, por el tono ennegrecido de la piel, tabaquismo).

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—No sé —dijo mi hermana mientras ajustaba el rango del objetivo—. ¿Llamar a la Guardia Civil?

—Bueno, podemos llamar a mi jefe.

—¿A tu jefe? —preguntó mi hermana.

—Es de Torre Pacheco.

Mi hermana giró la cabeza lentamente y me miró con los ojos abiertos.

—No sé si quiero que entre alguien de Torre Pacheco en mi casa...

La convencí con el argumento de «a ver qué otra cosa hacemos si la policía está plagada de incompetentes y a ninguno de nosotros dos se nos dan bien los conflictos que puedan incluir actos violentos o la muerte» y que «si tenía una idea mejor, era el momento de decirla». Ella me respondió «que vale, que bien, que bueno» pero que «nada de crueldad animal» y que al alien (al que ya estaba pensando en ponerle cualquier otro nombre porque alien le sonaba ofensivo y criatura tampoco le terminaba de parecer políticamente correcto) se le espantase para que viviese una vida plena en otro lado donde pudiese

alimentarse de otra gente que no fuésemos ninguno de nosotros dos.

Tragué saliva y llamé a mi jefe mientras mi hermana le hacía fotos al alien dándole instrucciones a través del cristal. Le decía cosas como «sí, enséñame esas piernas, marca ese tonito al sol» pero todo con susurros no fuese que el bicho se diese cuenta de nuestra existencia y acabásemos siendo su aperitivo en la calle de las Mulas. A los dos tonos, mi jefe me cogió el teléfono. Le expliqué la situación apresurado, desordenando las palabras de cada frase e inventándome otras, pero él, de alguna forma, entendió mi mensaje. Pegó un bufido y soltó algo como «leches, otra vez», pero aceptó venir a ayudarnos.

Torre Pacheco está a media hora en coche. Él tardó veinte minutos en llegar. Abrí la puerta y ahí estaba él, frotándose las manos, con la escopeta sujeta con el sobaco.

—Leches —no dijo leches—, vaya cara llevas, ¿has dormido esta noche? Da igual, no quiero saberlo, ¿dónde está el bicho?

—No es un bicho —dijo mi hermana, levantándose del suelo—, se llama Tomás.

Los presenté a ambos (hermana este es mi jefe, jefe esta es mi hermana) y después la miré a ella imaginando que ya estaría planteándose en adoptar al alien como mascota de casi tres metros



antes que espantarlo, tal como habíamos hablado apenas veinte minutos antes. Señalé a la cristalera y mi jefe se acercó, agachado. En el jardín, la criatura acababa de salir del agua y se sacudió como si fuese un perro.

—Leches, yo que hoy quería pasar un domingo de sofá y manta y, hala, aquí estoy, otra vez con este berenjenal.

—¿Cómo que otra vez?

Mi jefe pegó un suspiro apoyado en la escopeta. Nos contó que esto ya había ocurrido antes en otras empresas que él había dirigido. La primera vez fue un empleado que le llamó diciéndole que no podía ir a trabajar porque había un alien de más de dos metros bloqueando la entrada de su casa, cosa que, en su momento, consideró que aquella era la excusa más absurda que había oído en su vida. Añadió después que dicho empleado era un incompetente y que, en realidad, le hizo un favor ya que pudo despedirle alegando que se escaqueaba del trabajo. Se empezó a preocupar cuando recibió la misma información de otros empleados durante los meses siguientes. Que si ha salido un alien del váter. Que si un alien ha ocupado mi cocina. Que si otro ha hecho un nido en el garaje y no puedo sacar el coche. A la cuarta llamada, nos contó, le dio la suficiente veracidad como para ir a la casa del empleado y verlo con sus propios ojos. Desde entonces, cada vez que se entera que un empleado tiene un

problema con un alien, coge la escopeta y se encarga él mismo de la criatura.

—Al cabo de un tiempo, descubrí un patrón —dijo mi jefe—. Todos los trabajadores a los que ayudaba tenían algún problema con la empresa. No estaban siendo productivos, gritaban a otros compañeros, se distraían a menudo. Como tú —alzó la cabeza y me señaló—. Que ese bicho esté ahí fuera es tu culpa tuya.

—¿Pero qué dices? —gritó mi hermana. Me quedé en blanco mientras el dedo acusador me ametrallaba un «por tu culpa, por tu culpa, por tu gran culpa». Mi jefe se levantó y contó, no sin antes prologar con la falsa disculpa de que «quizás no era ese el mejor momento para hablar de esto», que se había hablado de mi trabajo en la empresa con los inversores. Que querían hablar conmigo directamente a ver si podía reorientarme. Las manos me empezaron a temblar. Que él mismo había ido dejando indirectas a ver si me daba por aludido y lo arreglaba. Me empezó a palpar el pecho. Recordé de repente la reunión por videoconferencia esa misma mañana cuando mi jefe, delante de todo el mundo, se dedicó a hacer bromas sobre mi trabajo durante infinitos minutos. Se me difuminó la vista, anduve unos pasos a tientas hacia atrás hasta que encontré una silla y me pude sentar. Era la misma sensación que había



tenido esa mañana. Y ahora no podía ver, todo a mi alrededor eran borrones.

—Leches, ya hablaremos de esto el lunes.

Oí cómo el borrón de mi jefe cargaba la escopeta y después el sonido de la puerta corredera abriéndose.

—¿Qué vas a hacer? —gritó mi hermana.

—Pues lo de siempre —dijo mi jefe seguramente apuntando al alien—, cargarme a ese hijo de percebe.

Me miré las manos que, borrosas, parecían dos muñones gigantes, el corazón me palpitaba con tanta fuerza que lo sentía tres veces más grande. De repente, vi cómo la mancha de mi hermana empujó a la mancha de mi jefe. Se oyó un disparo.

—¿Qué leches haces?

—¡No lo vas a matar!

Los dos manchurroneos empezaron a zarandearse, reconocía al de mi hermana por el pelo multicolor. Gruñían, se insultaban y gritaban, y en mi cabeza el alien había pasado a un segundo plano. Me sentía un completo fracaso, rememoraba una y otra vez lo que había ocurrido esa mañana. Sonó un golpe, vi cómo el borrón de mi jefe caía en el jardín. Después, oí cómo mi hermana cerraba la puerta corredera.

—¡No, no, no! —gritó mi jefe.

Lo que ocurrió a continuación no podría contarlo debido a mi vista en aquel momento borrosa (salvo los gritos, crujidos, golpes y gruñidos que sí oía

con nitidez); pero por suerte, mi hermana, que posee una gran capacidad de oratoria gracias a su casi Licenciatura en Periodismo, se dedicó a ir describiendo lo que iba ocurriendo en el jardín con una soberbia sintaxis y sin dejarse ni un solo detalle. Todo eso, unido a mi gran sensibilidad con cualquier cosa que sean hospitales y a que me mareo al ver una gota de sangre, me hizo vomitar todo el desayuno de esta misma mañana que se componía, en este orden, de un café con leche con sacarina, un bocata de jamón serrano con queso, una tortilla francesa y una bolsa entera de Doritos. El resultado final era que a mi jefe le habían hecho mucha pupa, la mayor de las pupas.

De repente, las manos me dejaron de temblar, el corazón dejó de palpitarme con fuerza y vi con mis propios ojos el charco naranja que había salido de mi cuerpo. Mi hermana se acercó a mí y me puso la mano en el hombro.

—Voy a por la pala, esta vez me encargo yo —dijo.

—¿Y el alien?

—¿Tomás? Flipa. En cuanto ha acabado con tu jefe se ha ido. Creo que no lo vamos a volver a ver en un tiempo.

Se acercó a la cocina y, antes de entrar, se dio la vuelta y me miró.

—No es tu culpa. Nunca lo ha sido.



J.D. Cano

@gorzas

Programador, DJ y escritor. Disfruta dibujando mundos distópicos con palabras y coloreándolos con cubos de ironía. #TeamDroid



El Desierto.

Relato por Silvia Rodríguez

El desierto avanza otro paso y el hambre viene con él. Lleva muchos soles acechando nuestra aldea y sus uñas de arena nos han arrancado ya a muchos de los nuestros. Otros empiezan a marchitarse; las raíces secas nos sostienen a los jóvenes, pero desgastan a los enfermos y a los ancianos y no hacen crecer a los niños. No podemos demorar más la caza.

Enfrentarse al desierto es peligroso, no estamos acostumbrados a la interminable arena, a la escasez de agua. Hace no mucho cazábamos escondiéndonos entre las sombras de los árboles y el ruido de los arroyos amortiguaba nuestros pasos. En grupo cercábamos a la presa y en grupo celebrábamos su muerte.

Ahora cazar es solitario. Quedan pocos animales en el desierto y a ninguno se le escaparía la visión de diez cuerpos robustos o el brillo del sol sobre sus lanzas. Yo soy menuda y mi piel tiene el color de la arena, es por esto que soy yo quien caza. Khaled, con su piel de palisandro, esperará la llegada de alguna alondra con noticias, aunque han pasado varias lluvias desde la

última vez que las aldeas vecinas nos comunicaron. Tememos por ellos, pero debemos preocuparnos por nosotros.

El polvo me seca la garganta y el sol me abrasa la piel. Ha recorrido la mitad del cielo desde que estoy en camino y apenas ha iluminado dos rastros. El arrastre de una culebra casi borrado — hace más de una luna que dejó su huella— y los pasos de un roedor que han terminado en su cuerpo momificado y reseco. Líneas rectas y engañosas que dejan las rocas al moverse duna abajo. Nada.

Camino hasta que se me nublan los ojos y bebo dos tragos de agua. El resto deberá durarme hasta la noche, pero me siento mejor. Oigo algo.

Me coloco contra el viento y avanzo hasta el pico de la duna arrastrando el cuerpo. Aguanto la respiración y me asomo por fin. Casi no puedo creer mi suerte.

Un lagarto de tierra de tamaño medio juega al lado de un charco. Es más grande que yo, más aún que Khaled; nos dará comida para dos semanas. Hace oscilar su cola acabada en cascabel, y a cada rato la entierra y agita bajo la



arena. La enorme costra castaña de su espalda lo protege del sol, y parece entusiasmado con el charco. Hunde sus patas garrudas en él y retrocede fingiendo estar asustado. Luego rueda por la tierra, levantando la arena con la cola y vuelve a por el charco.

Son muy raros de ver. Aparecieron poco antes de que la selva comenzase a morir a pedazos. Parches de desierto aparecían de la nada hasta que empezaron a conectar, apenas dos lluvias después de la llegada de los lagartos. Algunas aldeas los consideran de mal agüero, otras, un manjar. Nuestra tribu los consideraba solo un animal curioso. Esto era antes del hambre. Nunca hemos cazado ninguno, pero eso acaba hoy.

El lagarto no se ha dado cuenta de mi presencia, y lo observo otro rato. Sigue jugando —me parece, pero los conocemos poco— y enterrando la cola en la tierra. Cuando oscila en el aire, un ruido agudo corta el viento. Ha dejado escapar un gruñido, que oigo por primera vez. Es casi tan agudo como el ruido del cascabel, pero es tenue y quebradizo, como si le fallara la voz. Las escamas doradas brillan con el sol. La costra castaña es extrañamente membranosa en comparación. Pero deliciosa y nutritiva, si es cierto lo que nos contaron.

Reúno fuerzas. Tenso los brazos, preparo el propulsor, respiro. Vuelvo a

mirar al animal y trato de borrar sus juegos de mi cabeza, de cambiarlos por la carita feliz de Yara cuando coma carne por primera vez, por los gestos de Rafat cuando tenga las fuerzas renovadas, que volverán a ser ágiles como los de un gato. El lagarto ha levantado su largo cuello y olfatea el aire con curiosidad. Tiene que ser ya.

La lanza corta el aire y atraviesa su garganta. La sangre sale a borbotones y empaña el agua del charco. Corro hacia el animal que gruñe, esta vez asustado de veras, y arrastra su cuerpo entre espasmos, agitando la cola torpemente. Deja caer la cabeza, pero aún vive. Me apresuro a rematarlo. Recojo la sangre que mana del cuello.

Estoy tratando de atar sus patas para acomodarlo, el viaje de vuelta será largo y duro. Destazo un pedazo de su lengua larga y bífida para coger fuerzas. Es dura y fibrosa, pero de sabor delicado. Corto un poco más y me preparo para el camino.

Un trino me sobresalta; desde que nos envolvió el desierto apenas se escuchan pájaros. Una alondra cruza el cielo en dirección a la aldea. Hoy es un día afortunado. Imito el canto del pájaro para llamarlo hacia mí. Leeré las noticias y la mandaré a la aldea, pero primero debo saber. Las alondras se distraen con facilidad, los recados llegan despacio. Esta tiene una pluma



roja, viene de la tribu Qamud, lleva volando tres días, o uno sin descanso.

Abro el papiro, muy reutilizado. Me cuesta leer la letra diminuta. Se me crisan los dedos.

«Escribo esto en la tarde. Nuestra tribu no brillará bajo la luna. Hemos matado un lagarto de tierra. El extranjero se ha vuelto blanco, dice que son crías de un dragón inmenso. La costra de la espalda son alas. El cascabel, una señal para su madre. Ella ya no la oye, y nosotros la oímos a ella. Primero fue un temblor, ahora suena un aullido agudo, y vemos su enorme sombra acercarse, con un hilo de fuego. El desierto avanzará esta noche. Hiymi».

Bajo mis pies siento una vibración que crece.

Silvia Rodríguez

@Ms_Fahrenheit

Se inició en la fantasía en Fantasía, y todavía recuerda el berrinche al terminarse la Historia Interminable.



Hambre.

Relato por Mario Durán

Hambre. Un hambre infinita, necesidad. No existía otra cosa en el mundo salvo el hambre. Trató de expandirse pero era pequeño, muy pequeño. Casi no podía moverse pero se retorció de hambre. Tras una espera infinita (pues cuando no hay noción del paso del tiempo, cualquier espera es infinita) notó algo. Una sensación diferente, distinta del hambre. Sintió cercanía. Proximidad. Y hambre.

Volvió a extenderse al máximo y desplegó unos apéndices que no sabía que tenía. Casi rozaba esa cosa pero no llegaba... Aún sin saber lo que estaba haciendo, se desplazó haciendo uso de los miembros que no estaban cerca de «la cosa» hasta que consiguió tocarla. En ese momento una delgada lengua se desplegó y rodeó despacio el extremo de aquello. Una pequeña descarga le recorrió y por primera vez sintió una saciedad temporal placentera.

Más grande. No era aún consciente de sí mismo, pero sí podía apreciar un cambio en su cuerpo. Había crecido, habían aumentado sus apéndices y tenía más sensaciones. Había «no hambre» y «no cerca» y algo más. No sabía qué era, así que no se preocupó demasiado.

De nuevo esa molesta sensación de que le faltaban nutrientes. Su sentido de «no cerca» detectó que había múltiples objetos a su alrededor y extendió todas sus extremidades al máximo para poder atraparlos.

David apagó la televisión. Se le había hecho un poco tarde, cierto, pero no era culpa suya. ¿Quién ponía los horarios de las películas? Debía de ser un sádico. Casi las dos de la mañana y al día siguiente tenía que ir a una reunión importante. Se desperezó y fue hacia su cuarto. Tampoco es que tuviera mucho camino que andar en su piso de cuarenta metros, las habitaciones en realidad eran un salón grande partido con pladur. No había espacio para muchas cosas y no solía llevar gente allí. Antes de meterse en la cama echó un vistazo a la cocina. No había tirado la basura y una pequeña colina de platos sucios ocupaba el poco espacio disponible alrededor de la pila. No se iba a poner ahora a lavar eso, ya lo haría al día siguiente.

Mientras se metía en la cama se sacudió los pies de algunas pelusas que se le habían pegado. ¡Por dios, si solo hacía dos semanas que había barrido el piso!



¿Ya estaba otra vez sucio? Una hora entera que estuvo limpiando para nada, por lo visto. Había dejado el piso como los chorros del oro, salvo el váter, que le daba mucho asco. Y la ropa, que lavaba de vez en cuando pero no sabía planchar. Y un par de sartenes, que tenían cosas pegadas y después de tanto trabajo no tenía ánimos para rascar. Y... Bueno, igual no la había dejado tan limpia después de todo, pero al menos algo mejor estaba. Y había quitado esa cosa pegajosa del suelo que tanto le había molestado ver al pasar durante las últimas semanas.

Se arrojó y se durmió casi al momento, pensando en la reunión del día siguiente. Ésa sería su gran oportunidad, así podría ascender y salir de ese estercolero. Sí, sería un gran día.

Había crecido y alimentarse ya no era tan difícil. Tenía cientos de tentáculos que podía mover en cualquier dirección y atrapar cualquier elemento nutritivo que hubiese cerca. Pero en ese momento no se movía, aun sintiendo el agujoneo del hambre. Por fin había podido identificar la nueva sensación: la «no luz». Era extraño, sentía una especie de calidez que acabó por convertirse en una luz arrolladora que lo cegaba, no podía moverse, sus apéndices se retorcián de dolor y... y, entonces, se percató de que era capaz de cambiar la forma en la que percibía esa «luz» en las

antenas que recubrían todo su cuerpo. No volvió a la «no luz» completa, sino que pudo sentir elementos más oscuros y claros. Le costó al menos dos ciclos de hambre darse cuenta de que los elementos oscuros en realidad eran nutrientes que se ponían delante de la luz.

Siguió haciéndose más grande cuanto más se alimentaba. La sensación de hambre nunca desaparecía del todo aunque... ¿QUÉ ES ESO? ¿QUÉ ERA AQUELLO QUE TENÍA JUNTO A UNO DE SUS MIEMBROS? ¿POR QUÉ ESE NUTRIENTE SE MOVÍA?

Tocó con cuidado lo que tenía delante. Era un nutriente, estaba claro, todo eran nutrientes. El mundo estaba hecho para alimentarlo. Era una verdad que ni se planteaba. Él comía, el mundo lo alimentaba. Cuando fuera lo bastante grande, se comería al mundo, fuera lo que fuese eso, y el hambre por fin acabaría. Pero esto... Esto era diferente. Se movía despacio, tanteando el ambiente. Lo asimiló rápido y por fin el hambre se sació. Volvería, pero ahora había una tranquilidad diferente. Una corriente de energía lo recorrió desde el primer apéndice hasta el último y se sintió poderoso por un momento.

¿Momento? ¿Eso qué era? Notó... Notó que la espera ya no era infinita. Algo crucial había sucedido al alimentarse de ese último nutriente. ¿Era especial? No



lo sabía, pero por fin era consciente del tiempo y eso... Oh, eso le gustaba.

El portazo resonó en el pasillo del edificio y estuvo a punto de tirar al suelo un plafón del descascarillado techo. Se levantó una nube de polvo en el descansillo mientras David, al otro lado de la puerta, apoyaba la espalda contra esta y trataba de respirar despacio. La adrenalina todavía le recorría el cuerpo y estaba furioso. ¿Cómo se había atrevido? El muy hipócrita... Le temblaban las manos y cerró la derecha en un puño que golpeó contra la pared. No se hizo mucho daño y dejó la marca pero no fue consciente de ello. Aún no podía entender cómo se había ido todo al garete tan rápido.

—¿Mi imagen? ¿Que no cuido mi imagen? Pero, ¿cómo se le ocurre a ese perro sarnoso? ¡Voy con mi mejor traje y he estado arreglándome como nunca! —los gritos resonaban por el piso sin cortinas, era seguro que el vecino de al lado estaba escuchando, pero no podía contenerse—. ¡No puedo permitirme ir a la peluquería todos los meses como esos pijos! ¿Es que no lo entienden? ¡Joder! Mientras vociferaba empezó a rascar de forma inconsciente una costra que tenía en el cuello. Ni en sus peores pesadillas podía haber adivinado la dirección que tomaría la reunión con su jefe. En su imaginación se había visto dirigiendo el departamento, con gente a su cargo,

como correspondía a su antigüedad, con otra casa y no ese cuchitril... ¡Y lo había humillado de principio a fin! Seguro que después había ido a reírse de él con el resto, esa panda de malnacidos... Avanzó a trompicones hacia la cocina, abrió un armario, cogió un paquete de magdalenas y se fue al dormitorio, a devorarlas sobre la cama. Se quedó dormido vestido, abrazado al paquete y rodeado de papeles y plásticos llenos de migas, encima, debajo y por el suelo.

Habían transcurrido diez ciclos de hambre. Pero la espera no era infinita y podía... tratar de agarrar los nutrientes que correteaban a su alrededor. Sigiloso, amplió sus tentáculos y esperó hasta que acabaron cayendo todos y no escapó ningún nutriente del lazo mortal que había preparado. Oh, el hambre estaba contento, este ciclo sería más largo. Había... ¿Planeado? ¿Podía planear? Ahora ya no solo había momento. Había «antes», cuando era pequeño, y habría «después» cuando volviera a tener hambre. Pronto tendría que salir a explorar el territorio, ocupaba casi todo el espacio disponible de la «no luz» en la que estaba. ¿Qué nutrientes habría? Le temblaron los tentáculos al darse cuenta de que habría infinitos nutrientes esperándolo ahí fuera. Todo un mundo que devorar.



David se levantó con dolor de espalda y de cabeza, con un papel de magdalena pegado a la cara. Fue al baño, encendió la luz y se miró al espejo. Y se vio. Era un fracasado, un don nadie que vivía como un cerdo. Tenía que acabar con aquel círculo vicioso, como fuera. Cogió el móvil y, mientras se comía la última magdalena y esparcía el resto de las migas por el suelo, llamó a su madre. Por suerte no tuvo que suplicar nada, ella estaría encantada de ir al día siguiente a su piso, ayudarle a recoger y acogerle en su casa el tiempo que hiciera falta. ¿Lo iba a dejar muy sucio? ¿El qué? El piso. Ah, pues... Sí, un poco. No había problema, ella llevaría todo lo necesario para hacer una limpieza a fondo para que no perdiera la fianza. Besos.

Cuando colgó se sintió tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Al menos tenía un lugar al que ir. No era su casa, pero con su madre siempre había hecho lo que había querido así que, al fin y al cabo, era casi como estar en un hotel, pero sin pagar. Por fin las cosas iban a mejorar. Saldría de aquel sitio y encontraría un trabajo decente. Mientras pensaba esto se dio cuenta de que, en realidad, aún quedaba una magdalena que se había deslizado por la colcha y había rodado hasta quedar debajo de la cama. No podía dejar a la pobre allí, sin sus amigas. Se sentiría

sola. Mejor que las acompañara en su barriga.

Se acercó y se arrodilló. No llegaba a cogerla así que acabó por estirar el brazo todo lo que podía para intentar agarrarla. Rozó el plástico con la punta de los dedos. Un poco más allá... Eso. Ahí estaba. ¿O no? Sintió un roce leve en el dedo meñique, unas cosquillas. Lo encogió y lo volvió a estirar y sintió las cosquillas de nuevo pero en la palma de la mano. La movió buscando la magdalena y la agarró para sacarla de allí pero notó cierta resistencia, como si se hubiera quedado pegada a algo. Tiró más fuerte y entonces lo oyó. Entre las cosquillas de los dedos y sus esfuerzos, un sonido extraño, lejano primero, más cerca cada vez. Un ruido de arrastre, más fuerte, más próximo hasta que de pronto el sonido se detuvo. Un instante. Luego sintió algo húmedo en la mano.

—¡Ya estoy aquí, cariño! ¿Te parece si empiezo a limpiar? ¿Me oyes? Debe de haber salido. Bueno, vamos a empezar, que seguro que vendrá en un rato. A ver, la... ¡Dios Santo! ¡La Virgen, María y José! ¿Pero qué es esto? ¿Cómo puede estar así la cocina? Esto... Y, ¿el salón? ¡Ay, Dios que me da algo! ¡Este hijo mío es un cerdo! ¡Y todo por culpa de su padre, que no limpió un cubierto en su vida! A ver, vamos a ver el cuarto. Digo yo que, al menos, el sitio en el que duermo estará... ¡Válgame, Dios! ¿Pero cómo puede haber tantísima porquería?



Ahora mismo vamos a aspirar, no aguanto ni un minuto más con esto aquí. Tanta porquería y tanta tontería. Y mira, debajo de la cama... ¡Jamás había visto algo así! ¡Parece el país de las pelusas! Si es que se lo tengo dicho, algún día las pelusas te van a comer...

Mario Durán

@shapirowilks

Me encanta leer y, aunque escribo desde siempre, el nanowrimo me ha dado ánimos para terminar proyectos. ¡2021 va a ser un buen año!



La Druida.

Relato por Laura R. Rodríguez

La noche caía y el abuelo había dejado de toser. Su enfermera le quitaba el sudor de la frente, con dulce paciencia, mientras le dedicaba una triste sonrisa. Milo y su hermana observaban desde la puerta, llevaban puestos sus mejores pijamas de invierno, deseosos de poder acurrucarse con su abuelo para poder escuchar sus historias. Solamente querían pasar un poco de tiempo con él. —Creo que tiene visita, Arthur—. El acento tan cerrado de la enfermera siempre impresionaba a Sarah, quien abrazó con más fuerza el osito remendado que le había regalado al nacer.

—Oh, sí—. El abuelo golpeó la cama a su lado, animándolos a acercarse—. Venid, acostaos con el viejo abuelo, tengo una gran historia que contaros.

Milo y Sarah se apresuraron a subir a la cama y hacerse un hueco entre los almohadones. Arthur le entregó a su enfermera las cosas que les molestaban en la cama y ella las guardó en silencio antes de ponerse una silla a su lado, dispuesta a escuchar también la historia. Los nietos abrazaron a su abuelo, con grandes sonrisas.

—¿Cuál nos vas a contar hoy?

—¡La del hombre lobo!

El abuelo se rio y su enfermera se tapó la boca con la mano, ocultando una leve risa.

—Bueno, en esta historia también hay un hombre lobo, al igual que hay vampiros. Es una historia preciosa, espero que la escuchéis atentamente—. Miró a sus nietos y los rodeó con afecto—. Hace mucho tiempo, mi abuela siempre contaba una historia de una valiente curandera que vivía dividida entre dos pueblos. Su sangre era mestiza, celta y vikinga, era el fruto del amor entre dos valientes guerreros pero su talento se orientó hacia la medicina. Se convirtió en lo que por aquel entonces se les conocía como «druidas» y fundó, junto con el amor de su vida, una aldea donde no importaba el clan que fueras, siempre serías bienvenido. Un lugar en el cual siempre tendrías un hogar.

—¿Cómo era, abuelo?

—Oh, pequeña Sarah, era una mujer alta y fuerte, entrenaba con su marido todos los días pues, aunque ella se encargaba de curar y de dirigir la aldea, también quería defender a los suyos—. Milo hizo una exclamación de asombro, imaginándose a los grandes guerreros—. Era rubia, con el pelo muy largo y



siempre lo llevaba trenzado. Sus ojos eran verdes, tan grandes que parecían dos lagunas en su rostro.

—Vaya... ¡Qué guapa! —Sarah se recostó y se la imaginó vestida de princesa—. ¿Cómo era su marido?

—¿Cuándo vamos a llegar a los vampiros y los hombres lobos? —Mirlo frunció la boca, a él no le interesaban las historias de amor.

—Estate atento, muchacho, están más cerca de lo que crees —le guiñó un ojo mientras le revolvía el pelo—. Su prometido era mucho más grande que ella, casi podríamos decir que parecía el tronco de un árbol —la enfermera a su lado volvió a reír y el sonido de su tierna risa inundó la habitación—. Su pelo era largo, no tanto como el de nuestra protagonista, claro, y era castaño. Tenía barba, como la de vuestro papá que tanto os pica —los niños comenzaron a reír, imaginándose a su padre vestido como un guerrero—. Sus ojos eran azules, creo recordar que eran como el color del mar.

»Por desgracia, el nombre de su pequeño remanso de paz y conocimiento fue demasiado conocido. Les atacaron el día que los guerreros de la aldea, comandados por el prometido de la líder, estaban apoyando unas guerras al Sur.

—Oh, no. Eso es muy triste abuelo.

—¡Pero es la guerra! ¡Es lo normal!

—Tranquilos, chicos. Los invasores arrasaron la aldea. Eran hombres y mujeres que dominaban el fuego, sedientos de sangre y consiguieron reducir todo a cenizas.

—¿Dominaban el fuego? —Milo le miró escéptico—. ¿Llevaban antorchas?

—No, pequeño. Eran vampiros que habían aprendido a usar el fuego como arma.

—¿Vampiros? —los muchachos lo repitieron a la vez.

—Sí, eran muy peligrosos y un clan demasiado pedante —la enfermera a su lado se cruzó de piernas y se apoyó más en la silla—. Pero a lo que íbamos... Sin que ellos llegaran a saberlo, alguien rescató el cuerpo calcinado de la curandera. Fue otro curandero que le gustaba frecuentar la aldea atraído por los conocimientos de la muchacha, él la sacó de ese caos y la trajo del mundo del más allá con un abrazo, arrebató su alma de las manos de Hela y la devolvió a Midgard con poderes dignos de Asgard.

—¿Con un abrazo? —Milo sacó la lengua disgustado.

—Pero ella tenía prometido.

—Ese abrazo fue la manera en la que le convirtieron en vampira, cariño.

—¡Pero los vampiros te muerden para convertirte!

La enfermera volvió a reír, al igual que el abuelo.



—En esta historia, Milo, se convierten así —carraspeó y bebió un poco de agua antes de continuar—. Durante años, la pobre muchacha, sola ahora en el mundo pues había perdido todo lo que quería se quedó con el clan de su rescatador, dicho clan se conocía como «Salubri», y aprendió de ellos nuevas formas de curar y de tratar al enfermo, mejorando sus ya de por sí increíbles habilidades —tosió—. A mi abuela le encantaba esta parte —la enfermera a su lado le ofreció más agua que tomó gustoso—. Bueno, chicos... El precio a pagar para volver a la vida fue que la joven tenía que alimentarse de la sangre de los que habían sido hasta ese momento sus compañeros humanos; pero, decidió que sólo lo haría de aquellos que quisieran darle ese sacrificio pues sería una vampira mas no perdería su corazón.

—¿Un vampiro con corazón? Eso es extraño.

—Era una vampiresa muy lista, cielo. Sin embargo, las desgracias no vienen solas y durante muchos años su nuevo y pequeño clan fue menguando pues otros clanes los buscaban para esclavizarlos y abusar así de su poder para curar. La joven líder, harta de ese abuso, se decidió a pararlo. Cuando los siguientes vinieron a tratar de llevarse a alguien más ella les plantó cara: eran un hombre y una mujer que entre risas

prendieron sus manos amenazando con llevársela a ella.

—¡Volvió el clan de fuego!

—Sí, y son muy peligrosos. Sin embargo, resistió. Aguantó los golpes y curaba su cuerpo cada vez que lo dañaban, se levantaba una y otra vez del suelo, dispuesta a no dejarse ganar por esas personas. Su clan, al verla peleando, se sumó a ella superando en número a los intrusos y repeliéndolos.

—¡Qué gran guerrera! —dijo Sarah con admiración—. Era toda una princesa guerrera.

—Oh, sí que lo era. Así es como pasó a convertirse en la líder del clan Salubri. Y cómo los salvó: conociendo que habría represalias, decidió mover a su nueva familia a Londres, una ciudad en pleno auge que seguro tendría sitio para ellos.

—¿A nuestro Londres?

—Sí, Milo.

—¡Entonces podríamos conocerlos!

—¡Milo! Eso ocurrió hace muchos, muchísimos años.

—Los vampiros no mueren, Sarah.

Le sacó la lengua a su hermana y ella le golpeó con el peluche en la cabeza. El abuelo comenzó a reír y los separó con cariño.

—Sí, vinieron a nuestro Londres. Pero antes tenía que hacer una cosa más: no podía marcharse del lugar que la había visto crecer sin buscar a su prometido. Lo encontró llorando en una tumba que debería de ser suya. No podía irse de ahí



sin él y quería que lo acompañara a una nueva vida. Cuál fue su sorpresa cuando al tocar el hombro de su amado, encontró que su semblante pasó de incrédula felicidad a odio frío. Se levantó cuán alto era y le gruñó que era un monstruo.

El abuelo imitó un rugido y los niños rieron; la enfermera se mantuvo seria, expectante.

—La muchacha se apartó, asustada pues nunca le había oído hablar así, pero decidida a mostrarle que su nueva situación no cambiaba su ser. Volvió a acercarse a él, pero su prometido la empujó a la par que su cuerpo se llenaba de pelo y sus dientes se tornaban más afilados —se puso los dedos en los labios, como imitando los colmillos—. A mí esta parte de la historia siempre me asustaba mucho cuando me la contaba mi abuela —suspiró con nostalgia—. Bueno, delante de los ojos de la muchacha, su amado se convirtió en un Hombre Lobo dispuesto a despedazarla —Sarah se abrazó más a su oso y Milo miró a su abuelo con sus enormes ojos—. Sin temor, la joven colocó sus manos a ambos lados de la cabeza peluda de su prometido, el cual le sacaba los dientes con lágrimas en los negros ojos. Ella le mostró quién era. Con sus nuevas habilidades le enseñó que no había dejado de ser la mujer que amaba, que en el fondo seguía siendo ella, aunque ahora su alma fuera distinta a la que

conocía. Su prometido así lo leyó y volvió a su forma humana, estrechando a la mujer que amaba entre sus brazos. Sabían que era un amor prohibido y que si sus clanes se enterasen los matarían sin dudar, pero no podían volver a separarse. Se casaron en secreto y se mudaron a Londres con sus dos clanes, sin saber de la existencia de los otros.

—¡Qué bonito abuelo!

— Pero, ¿y la pelea?

—Hay cosas más importantes que una pelea, Milo. Como, el amor, por ejemplo. Lo aprenderás cuando seas mayor —añadió con una sonrisa—. Entonces, la muchacha estableció una aldea con su clan, ofreció protección y cuidado a humanos que habían sido atacados durante años por otros clanes y a personas que sufrían de enfermedades que terminarían por matarles. Aceptó más gente en su clan a cambio de que siguieran las reglas establecidas en la aldea, si alguien intentaba entrar para destruirlos o para hacer mal, dejaba que su marido se encargase del resto, pues él y su clan protegían la aldea desde las sombras, aunque sus miembros pensaban que los vigilaban de manera preventiva —suspiró—. Mi abuela pensaba que podía curar cualquier cosa cuando me contaba esta historia. Siempre me la contaba cuando estaba triste o me sentía mal. Durante años, la muchacha de su historia la cuidaba noche tras noche; pero, no pudo darle la



vida eterna pues no quería maldecirla con ella.

—¿La chica de tu historia cuidaba a tu abuela? —Sarah abrió la boca, incrédula.

—Sí, cielo. La chica de la historia es real y ella siempre cuida de la gente de su aldea —sonrió—. Les da todo lo que necesitan, y a veces ofrece la vida eterna, aunque no quiera realmente dársela. Mi abuela tampoco la quería, quería irse en paz y feliz, durante todos esos años había estado en el mejor lugar posible gracias a la muchacha. Además, sabía que su familia se quedaría en buenas manos —la enfermera le ofreció un pañuelo y su abuelo se limpió las lágrimas—. Mi abuela falleció hace muchos años, recuerdo que era una fría noche de otoño y mientras todos llorábamos desconsolados, la chica de su historia la acompañó en todo momento hasta que por fin pudo descansar. Cuando su mirada se apagó, vimos cómo de los ojos cristalinos de la protagonista de la historia se deslizaba una lágrima mientras decía: «decir adiós es duro, pero es parte de la vida misma. Es algo que no pueden arrebatarte, irte rodeado de tu familia y de las personas que te quieren. Vuestra vida es corta, por desgracia, pero nosotros intentaremos cumplir la promesa que hicimos hace mucho tiempo: que viváis la vida seguros y tranquilos. Lo cumplí con Emily y

prometo que vosotros tendréis la misma vida que ella tuvo»—lloró en silencio. Extendió su mano y la enfermera se la cogió con ternura—. Es por eso, chicos, que ahora vivimos con Elvia en su aldea y ahora entiendo por qué mi abuela me contaba su historia —abrazó a Milo y a Sarah con afecto—. Es por eso, nietos míos, que yo os la cuento a vosotros. Para que entendáis por qué vivimos en este pequeño rincón de paz y para que entendáis lo especial que es nuestra jefa y curandera.

Laura R. Rodríguez

@LauRRodriguez

Soy técnica sociosanitaria, cuidadora de personas en situación de dependencia y, aunque siempre me ha gustado escribir y crear historias, hasta el año pasado no me atreví a formar parte del mundo de la escritura. Ahora adoro compartir todo aquello que creo y disfruto imaginando nuevos mundos y futuros relatos.



Sobre una mala noche.

Relato por Aitor Aráez Pérez

Hace veintidós años que no vuelvo a casa.

Mis padres murieron hace dos días en un accidente de coche. He dudado sobre si volver o no. Mi hermana llegará mañana; se ocupará ella del entierro y la correspondiente misa. Entiende perfectamente que yo no quiera hacerme cargo. Mi madre tampoco hubiera querido nunca que yo me ocupara.

Abro la puerta de casa y es de noche. Estoy cansado; han sido demasiadas horas en coche. Han sido demasiados años. Mi habitación sigue exactamente igual que cuando la dejé. Mi cama sigue siendo demasiado pequeña y si me estiro lo suficiente me cuelgan los pies. La pared del fondo sigue con una mancha de humedad que nadie se ha dignado a pintar. Mis libros siguen en la estantería. Mi ropa cuelga en el armario, vieja y con olor a rancio, a polvo. Mañana tendré que madrugar para limpiar todo esto; adecentar un poco la casa para que podamos venderla con facilidad.

Dudo que pueda madrugar. Son las tres y diez de la mañana y todavía no me he dormido. Mi cabeza no me lo permite. Me pesa. Escucho unos pocos coches en

la calle. Hasta una moto con el tubo de escape estropeado. Y también escucho su llanto. La escucho llorar y quejarse y gritarle a mi padre que ¿por qué me está haciendo esto?, ¿es que acaso no he sido una buena madre?

Soy incapaz de moverme. Me duele el pecho, me ahogo, tengo algo encima de mí. Hace años que no sufro una parálisis. Se trata de eso: una sencilla parálisis. Tuve varias en el instituto. Intento respirar, mantener la calma. Pasaré. Recuerdo que escuchaba risas, cerca de mí, casi gritándome al oído. Carcajadas. Una maldita multitud. Pero pasaba y esta también pasará, aunque ahora sea eterna y me arda todo lo que está bajo mi piel. A veces abría los ojos y la veía encima de mí. Hago fuerza para levantar los brazos y apartar las risas, los llantos, apartar lo que sea que está encima de mí y no me deja respirar y, por favor, que se vaya, no puedo respirar.

Se acerca a mí y escucho su jadeo. Es tosco y su aliento huele a naftalina podrida. Se está riendo, está pegada a mi rostro y es una y son varias. Escucho la palabra maricón y la garganta se me cierra. Creía que podría regresar y no sentir nada. La vergüenza de la familia,



¿qué dirán los abuelos, las tías, los vecinos?, nunca piensas en los demás. No puedo respirar y voy a morir siendo odiado por algo que me quiere muerto y se atreve a conocer lo que soy.

Abro los ojos y todo está oscuro, pero la calle está iluminada por un par de farolas y la veo encima de mí. Es una sombra arrugada que hince sus rodillas en mi tórax. Tiene forma de mujer. Es anciana, demoníaca. No es humana: una criatura sedienta de miedo y asfixia. Los pulmones no me responden, el corazón me late demasiado rápido y necesito respirar siguiendo su ritmo, pero no puedo. Me falta aliento. No es suficiente. Noto sus garras incrustándose en la piel de mi garganta. La sangre empieza a recorrer mi cuello. Estoy sudando, estoy empapado. El Señor no quiere maricones. ¿Lo escucho o lo recuerdo? ¿Cómo me has hecho esto?, es para fastidiarme, ¿verdad?, estás siendo muy egoísta. Se acerca a mí. Está tan cerca de nuevo que no soy capaz de ver nada más que sombras. No distingo sus ojos, pero sé que me están mirando y sé que los estoy mirando a ellos. Soy una presa y estoy asustado. El sudor avanza por mi cuello. No hay sangre, pero sí la hay. Intento gritar y me es imposible. La habitación rezuma humedad y sé que todas mis paredes tienen manchas y que nadie se ha dignado nunca a pintarlas porque para qué si nadie entra aquí desde hace

veintidós años. ¿Qué voy a hacer contigo?, quieres que sea la mala, ¿verdad? Se ríe de mí y de lo débil que soy. Tengo treinta y ocho años y también tengo dieciséis años y los pies me cuelgan de la cama, pero soy pequeño a su lado. Voy a morir. La criatura está encima de mí y me abofetea y me grita y me dice que yo soy el malo, tú eres el malo, no yo, ¿vale?, esto es culpa tuya, ¿por qué eres de esos?, desviado, enfermo. Mi padre está apoyado en el marco de la puerta. Tengo los ojos encharcados. No lo veo, pero sé que mi padre está apoyado en el marco de la puerta y mi hermana llora en la otra habitación.

Ya no distingo la criatura que me pisa el pecho, me ahoga, me oprime, me insulta y me amenaza. Pero sus cabellos de sombra caen sobre mi cara y todo mi cuerpo sufre escalofríos. Está demasiado cerca, podría morderme si quisiera y temo que sus fauces sean demasiado grandes y esté hambrienta y quiera alimentarse de mis entrañas. Debo empujarla, atacarla y vencerla. Debo golpearla y hacerla caer de mi pecho, liberarme y salir corriendo, huir lejos de aquí, huir de donde ya he huido. Pero no puedo. Se escucha una risa parecida al motor de un coche. La sombra es ahora grisácea y casi nítida. No la distingo y sé quién es y reconozco su voz.



Me acaricia la piel y saca de nuevo las garras. Saca algo que he visto cientos de veces en la cocina y no paro de gritar que pare, que, por favor, lo siento, no quiero ser así. El Señor marcó a Caín para que todos lo pudieran reconocer, es por tu bien, no soy la mala, me has obligado a hacerlo, cállate, no te muevas, es tu culpa. Siento dos cortes en mi pecho, ardientes y perpendiculares. Una cruz. Huele a sangre y a carcajadas y a llantos que son gritos de odio fanático. Mi madre está encima de mí y está rezándole a un dios que me odia y hay rojo en sus manos. Ella es una criatura del Señor y es una criatura de muerte, de miedo y de odio. Pido ayuda, pero mi padre calla y mi hermana llora. Nadie me protege. Debo huir y huyo. Grito, empujo, lloro y corro. No, no lo siento. No es real. Mi piel está empapada de sudor. No hay sangre y la criatura no es más que aire cargado de muerte, de recuerdos, de ceniza y de culpa.

No lo siento. Lo recuerdo.

Fue en esta misma cama.

Fue hace veintidós años.

Estoy marcado desde entonces.

Algunos monstruos existen solo en nuestra imaginación. Otros, los más peligrosos, son reales.

Aitor Aráez Pérez

@KreosPattio

Nunca se le dio bien describirse, ni tampoco escribir bíos en tercera persona, pero lo intenta. Es feliz viendo películas de terror y sonríe mientras lee novelas con mucha sangre, pero también cree en las hadas y fotografía flores. Estudió Filología Hispánica. Ahora está cursando un Máster en Estudios Literarios. Quiere vivir entre letras. Ha ganado un par de premios en certámenes literarios, es máster de rol desde hace años, tiene una gata llamada Blancanieves y sufre parálisis del sueño desde los dieciséis años. Poco más.



VIÑETAS Y ACERTIJOS

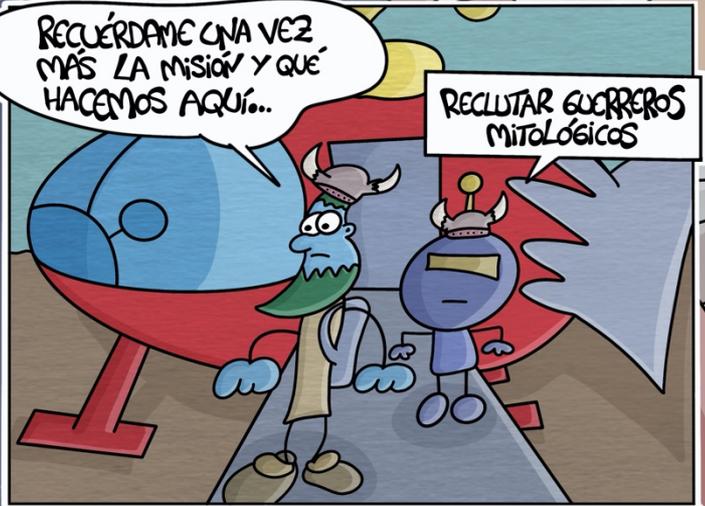
LA REDENCIÓN...

ENTRANDO EN EL PLANETA... LA ATMÓSFERA ES RESPIRABLE



RECUÉRDAME UNA VEZ MÁS LA MISIÓN Y QUÉ HACEMOS AQUÍ...

RECLUTAR GUERREROS MITOLÓGICOS



¿QUIÉN VIVE EN ESTE LABERINTO?

UN SER MEJORADO QUE FUE CREADO POR UNA COLONIA NUESTRA. LO LLAMAN MINOTAURO



¿POR ESO TENEMOS QUE IR ASÍ DISFRAZADOS?

Si

¿Y CÓMO LO RECONOCEREMOS?

MUY FÁCIL...





...TIENE CUERNOS Y SIEMPRE ESTÁ CABREADO

¡AHHH!

BiP
BiP



¿QUIÉNES SOIS VOSOTROS?

No sois humanos...



MI TRIBUTO SON CATORCE HOMBRES Y CATORCE MUJERES. ¿DÓNDE ESTÁN LOS QUE FALTAN?

¡GLUP!



VIENE HACIA NOSOTROS...

QUERIDO AMIGO, HEMOS ESCUCHADO TUS ANHELOS...



¿PERO QUÉ ESTÁS DICENDO?

VENIMOS A AYUDARTE...



ENTIENDO... ENTONCES ¿VENIS A MATARME?



No. SUBE A NUESTRA NAVE.

VEN CON NOSOTROS A BUSCAR A TU REDENTOR

Y PREPARATE PARA LA LUCHA FINAL

¿QUÉ?, ¿QUE SE VIENE? ESTE DROIDE ESTÁ LOCO...



Los autores de la viñeta *La redención*:

José Fco. Zaragoza nació en Murcia en 1978, a la edad de 0 años. Cursó tercamente estudios de Química y después, con bastante aprovechamiento, Filosofía de la Ciencia. Actualmente reside en Alemania donde trabaja como consultor de seguridad de productos médicos.

Germán Tortosa (@germatortosa) investiga cómo los microorganismos del suelo forman simbiosis con las plantas. En su tiempo libre fusiona sus dos pasiones, la divulgación científica y el cómic, con el proyecto Ciencia en Cómic (www.cienciaencomic.com). Es muy colega de José Fco. Zaragoza y siempre trata de liarlo en proyectos curiosos como este cómic.

Acertijos de Marzo

Por Elena Torró

Primer acertijo:

Relaciona cada obra con cada una de sus autoras.



• Celia Añó



• Sofía Rhei



• Charlie Jane Anders



• Laura Esquivel



• Ángela Carter



Segundo acertijo: El Intruso



El grupo de los cuatro justicieros de Londres está formado por una **vampiresa**, la **mujer invisible**, **Dorian Gray** y el **Dr. Jekyll**. Sin embargo, uno de ellos es un **impostor**. Hay un infiltrado en el grupo que no es quien dice ser.

Para descubrirlo, Scotland Yard ha contratado a la mejor detective, **Miss Marple**. Con gran astucia, Miss Marple ha pedido a Dorian Gray que le preste su espejo. Este espejo tiene la peculiaridad de que, para quien lo mira, revela la **forma oculta** de esa persona, es decir, **la forma que no vería en un espejo corriente**.

Uno por uno, se ponen delante del espejo, y dicen en voz alta lo que ven:

- Yo no me veo reflejada—dijo la mujer invisible
- Yo tampoco me veo —continuó la vampiresa
- Yo me veo a mí mismo como Dr. Jekyll —confesó el doctor
- Yo me veo viejo y consumido —contestó Dorian Gray

Con estas cuatro afirmaciones, Miss Marple alzó la mano.

- Ya sé quién es el intruso.

¿**Quién** es el intruso y **cómo** lo sabe Miss Marple?

Nuestros acertijos son creados por Elena Torró (@bytesandhumans)

Encontrarás las soluciones en el siguiente número de la revista Droids&Druids.



Soluciones Anteriores

Y ahora, el momento que todos esperábamos, las respuestas a los acertijos **del número 1 de la revista Droids & Druids**. ¿Has conseguido acertarlos todos?:

Adivina el título

1. La mano izquierda de la oscuridad - Úrsula K Le Guin
2. El Informe Monteverde - Lola Robles
3. El Cuento de la Criada - Margaret Atwood
4. La Quinta Estación - N. K. Jemisin
5. Dos Velas para el Diablo - Laura Gallego

Las dos ciudades de Agrolandia

La respuesta es que tanto la mujer lobo como el hombre campesino llegan al mismo tiempo, por lo que el hombre no tiene que esperar. Esto se debe a que parten por la mañana, por lo que no hay luna llena, y por lo tanto la mujer lobo en ese momento es una humana que camina a la misma velocidad que el hombre campesino.



Síguenos en @droidsandruids

Visita droidsandruids.com

Escríbenos a droidsandruids@gmail.com

Escucha el podcast en Ivoox o YouTube

